EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

OSVALDO REBOLLEDA

El Ministerio de La reconciliación

Osvaldo Rebolleda

Este libro no fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.
No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una forma de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.
Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.
Edición general: **Portales de gracia**
Revisión literaria: Edith del Carmen Saldivia
CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)
Diseño de portada: **EGEAD**
Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción……5

Capítulo uno:

La gracia de la reconciliación………..11

Capítulo dos:

La reconciliación de todas las cosas……26

Capítulo tres:

Ministros de la reconciliación…...……...43

Capítulo cuatro:

Reconciliados con la vida ……59

Capítulo cinco:

Reconciliados con el prójimo ……..…….....71

Capítulo seis:

La reconciliación y la justicia……..90

Capítulo siete:

La reconciliación y la Paz..……102

Reconocimientos…….113

Sobre el autor……..115

Introducción

"La oscuridad cubre la tierra,
la noche envuelve a las naciones,
pero el Señor brillará sobre ti
y sobre ti aparecerá su gloria…"
Isaías 60:2 DHH

Estamos viviendo tiempos muy difíciles y nuestra sociedad, más que nunca está caracterizada por manifestar un gran desorden. Comenzando por las conductas personales, y siguiendo por las relaciones familiares, laborales y económicas. Si sumamos a esto la corrupción política, la mala administración de la industria alimenticia, los desbarajustes climáticos y la manipulación biológica que, además están envueltas por ideologías perversas, tendencias tecnológicas y una degradación cultural generalizada, que convergen generando un caldo de cultivo ideal para la manifestación de las tinieblas.

Todos estos factores suelen afectar nuestra vida espiritual y los ámbitos de la Iglesia. A veces parece que toda nuestra vida está en conflicto. Pero la desunión y el desorden no deben permanecer para siempre en los hijos de la Luz. Dios nos ha entregado la misión de lograr la paz y la expansión, en los ámbitos celestiales que estén bajo nuestro dominio. Si bien el pecado siempre causa discordia, el plan

eterno de Dios para la reconciliación debe traer paz y plenitud a todos los que reciben la gracia divina. Por eso es tan trascendente que cumplamos con este glorioso ministerio.

En **Efesios 2:13 al 16**, Pablo presenta los principios que muestran cómo Cristo actuó para brindar paz entre los creyentes, mediante su muerte en la Cruz. Pablo dice que de judíos y gentiles, el Señor hizo un solo pueblo y derribó las barreras étnicas y religiosas que los separaban. Es decir, si Cristo pudo hacer esto con judíos y gentiles en el siglo primero, cuando las relaciones eran desastrosas. Cuanto más puede hacer en estos días si la iglesia avanza manifestando este principio.

La iglesia, está compuesta por personas que alguna vez estuvimos alejados de Dios, fuimos enemigos en nuestra mente y ajenos a Su Reino **(Colosenses 1:21)**. Sin embargo, mediante la gracia manifiesta en la obra de Cristo, el Señor nos ha reconciliado para siempre. Ahora, tenemos la potestad de ser llamados sus hijos **(Juan 1:12)**. Somos embajadores de Cristo **(2 Corintios 5:20)**. Somos ministros competentes de un Nuevo Pacto **(2 Corintios 3:6)**. Comisionados para proclamar el mensaje de los tiempo finales, expresando de toda forma posible el evangelio del Reino **(Mateo 24:14)**. Nuestro ministerio es invitar a quienes todavía están distanciados de Dios a reconciliarse con él y a unirse a nosotros en esta única y gloriosa oportunidad.

La iglesia es también el pueblo de Dios reconciliado entre sí. Estar unidos a Cristo significa que estamos unidos

unos con otros. Esto no es solo un ideal elevado; debe ser una realidad visible. La reconciliación mutua, la paz y la armonía entre hermanos son un testimonio para el mundo de que Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. El mismo Señor orando al Padre expresó esta importancia diciendo ***"Más no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste."*** **(Juan 17:20)**.

A través de este ministerio de reconciliación, la iglesia le dice al universo que el plan de redención de Dios es real y poderoso. El gran conflicto de la humanidad, tiene que ver con Dios y Su justicia. En la medida en que la iglesia comprenda esto con revelación y cultive la unidad y predique la reconciliación, el universo verá la obra de la sabiduría eterna de Dios **(Efesios 3:8 al 11)**.

El tiempo en que vivimos es una época de emociones intensas y conflictos continuos. La ambición desmedida, el egoísmo y la obtención de dinero para ostentar poder, absorben perversamente la mente de las personas. Satanás sabe que le queda poco tiempo, de modo que ha puesto a todos sus agentes a trabajar, a fin de que muchos puedan ser engañados, inducidos a mantenerse exageradamente ocupados y embelesados por sus deseos personales.

Esta carrera alocada por alcanzar el espejismo del éxito y el poder, producen constantes conflictos en todos los

estratos de la sociedad y la familia. Esto produce un desorden generalizado y una falta de justicia que hace imposible la paz.

Debemos aprovechar que todavía estamos viviendo un tiempo de gracia y la puerta de la misericordia aún está abierta. Es nuestra tarea y nuestro deber, llevar al mundo entero, el mensaje de la reconciliación. Pero es de vital importancia, para que esto sea efectivo, que podamos vivir con plenitud lo que predicamos.

El objetivo de este libro, es presentar herramientas que nos revelen la gran trascendencia del ministerio de la reconciliación, y el compromiso que debemos tener por el mismo. Todo individuo está luchando para llegar a ser un centro de influencia y los cristianos no somos ajenos a esto. Por eso la necesidad de humildad y entrega, porque la subordinación al Señor, es la única seguridad para nuestra alma.

Cristo es el vínculo de unión en la reconciliación con el Padre y es la cadena de oro que une a las familias y a los creyentes, manteniéndonos en plena unidad espiritual. Esto suena bárbaro, pero hay claras evidencias históricas que no ha sido nada fácil. La iglesia ha padecido grietas doctrinales que nos han confrontado estúpidamente.

Tal vez esto, hace unos años atrás, no parecía un gran problema, pero ahora tenemos las redes sociales que, son parte de nuestras vidas y nos exponen de manera absoluta. Lamentablemente, una gran cantidad de ministros del

evangelio, no se dan cuenta de cómo funciona una red social o una página Web, y tal vez por eso, critican, desacreditan y exponen públicamente a otros hermanos.

Esto lo digo con tristeza, porque me pesa ver la falta de humildad a la hora de exponer el evangelio. Hay gente violenta que cree estar defendiendo la verdad, pero solo está causando desorden y desunión, que evidencia dañinamente la falta de amor entre los cristianos. Este mundo solo puede creer en el poder de la reconciliación, si nos ve reconciliados con Dios y con los hombres.

Pero si estamos peleados entre nosotros ¿De qué reconciliación podemos hablar? No digo que no tengamos desacuerdos, pero debemos aprender a sobrellevarlos con humildad y amor. Este libro desnudará esta falencia y desafiará a todo hijo de Dios, a un cambio posible y necesario para que el Reino pueda manifestarse con plenitud en estos últimos tiempos.

Deseo invitarles a través de cada página, a presentar la renuncia al orgullo. Esto no implica aceptar todo, o llamar bueno a lo malo, o verdad a una mentira. Nadie que sirva a Dios con limpia consciencia pediría algo así. Pero creo que el amor, cubre los pecados necesarios, como para vivir en unidad espiritual, a pesar de algunas diferencias.

Mejor que enfocarnos en los errores ajenos, es enfocarnos en servir a Dios con humildad y amor. Puede que no sea fácil y que debamos morir a algunas cosas. Sin

embargo, si en verdad desea esto, tanto como yo, este libro le será de gran impulso para lograrlo.

Ruego al Padre, que alumbre nuestro entendimiento para vivir en Cristo, pensando como Cristo y sintiendo como Él. Ruego que Su Espíritu, tome gobierno de nuestro ser, de tal manera que no queden argumentos de conflicto, fortalezas pensantes, ni altiveces intelectuales que nos impidan vivir la justicia de amar sin límites.

"Si no tengo amor, de nada me sirve hablar de parte de Dios y conocer sus planes secretos. De nada me sirve que mi confianza en Dios me haga mover montañas. Si no tengo amor, de nada me sirve darles a los pobres todo lo que tengo. De nada me sirve dedicarme en cuerpo y alma a ayudar a los demás. El que ama tiene paciencia en todo, y siempre es amable. El que ama no es envidioso, ni se cree más que nadie. No es orgulloso. No es grosero ni egoísta. No se enoja por cualquier cosa. No se pasa la vida recordando lo malo que otros le han hecho."
1 Corintios 13:2 al 5 PDT

Capítulo uno

La gracia de La reconciliación

Lo primero que vamos a hacer para poder entender el significado del término reconciliación es determinar el origen etimológico de la palabra. En este caso, podemos decir que se trata de una palabra que deriva del latín ***"reconciliatio"***, que puede traducirse como "la acción y el efecto de volver a unirse" y que se encuentra formada por las siguientes partes: El prefijo ***"re"***, que se utiliza para indicar "hacia atrás". El sustantivo ***"concilium"***, que es sinónimo de "asamblea" y el sufijo ***"cion"***, que viene a emplearse para establecer "acción y efecto".

Una reconciliación significa volver a estar en unión y armonía con personas, sucesos o ideas, con los que se hubiera distanciado emocionalmente, por diversos motivos. Para que exista reconciliación debe existir un vínculo afectuoso, que luego se rompe, para que con la reconciliación se reconstruya.

La reconciliación entre personas es un proceso que puede iniciarse con disculpas y aceptación de las mismas, por una o ambas partes de la relación, o dando explicaciones sobre lo sucedido que resulten aceptables y comprensibles por quien se consideró perjudicado. Por supuesto que, agentes como el orgullo, el egoísmo o el rencor, pueden ser factores que obstaculizan la reconciliación.

En las relaciones familiares, de amistad o de pareja, considerándolas como los vínculos más fuertes que podemos tener, son frecuentes las desavenencias. Sin embargo, si media el diálogo y la comprensión, puede llegarse a la reconciliación. Salvo que los conflictos tengan mucha gravedad, que existan situaciones violentas, o simplemente, que el amor se haya extinguido de manera absoluta.

También debo decir, que hay reconciliaciones duraderas, pero hay otras que solo son transitorias, que terminan en nuevas peleas, y nuevas reconciliaciones. Hay personas que son muy conflictivas y complicadas, de manera que pueden vivir así, toda su vida y con todo su entorno.

También existen casos bien particulares. Por ejemplo, cuando alguien sufre una pérdida importante y no logra asimilarla. Suele decirse que esa persona, está enojada con la vida y generalmente es traspasada por la amargura. Puede que si recibe la vida de Cristo, logre superar su dolor encontrando consuelo en Él y sin pelearse con la vida. Pero si no conoce al Señor, solo el paso del tiempo, aunque no siempre es así, puede ir logrando sanar su dolor y tal vez logre

paulatinamente reconciliarse con la vida y volver a sonreír y confiar.

En el caso de la relación de los seres humanos con Dios, podemos decir que el pecado, es el que ha producido la separación y la enemistad.

Isaías dijo: "Dios tiene poder para salvar y tiene buenos oídos para oír. Pero la maldad de ustedes los ha separado de Dios. Sus pecados han hecho que Dios se tape los oídos y no quiera escucharlos. Ustedes tienen las manos llenas de sangre por los crímenes que han cometido. Ustedes mienten y maldicen. Nadie se presenta ante el juez con buenas intenciones, y en los juicios falta la honradez. Confían en la mentira y nadie dice la verdad. Están llenos de maldad y no lo disimulan. Ustedes sólo planean maldades, y traen la muerte a todos. Viven haciendo el mal, y están enredados en la violencia. Se apresuran a cometer crímenes y corren a derramar sangre inocente; a su paso quedan sólo ruinas. No son gente de paz ni hay rectitud en sus acciones. Su conducta está torcida, y los que andan con ellos tampoco vivirán en paz".
Isaías 59:1 al 8 BLS

Dios creó al hombre, para vivir en plena comunión con él. Sin embargo, todos conocemos la historia, el hombre se rebeló a vivir conforme a la voluntad de Dios y a partir de entonces, siempre ha existido una separación entre Dios y los hombres. El pecado es descripto en la Biblia como la rebelión

contra Dios y la trasgresión a sus mandamientos **(1 Juan 3:4)**.

El pecado comenzó más allá del hombre mismo, en realidad, tuvo su origen con Lucifer, que era el más hermoso y poderoso querubín creado por el Señor. No contento con su belleza y poderosa posición, se envaneció y deseó ser semejante al Dios altísimo. Esa fue su caída y el inicio del pecado **(Isaías 14:12 al 15)**. Cambiado su nombre a Satanás, trajo el pecado a la raza humana, en el Jardín del Edén, donde tentó a Adán y Eva con la misma seducción.

"Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal."
Génesis 3:4 y 5

A partir de ese momento, el pecado ha pasado a través de todas las generaciones de la raza humana, y nosotros como descendientes de Adán, hemos heredado el pecado de él. **Romanos 5:12**, nos dice que a través de Adán, el pecado entró al mundo y, por lo tanto, también entró la muerte a todos los hombres, porque ***"la paga del pecado es muerte..."*** **(Romanos 6:23)**.

A través de Adán, la heredada inclinación al pecado entró en la raza humana y todos los seres humanos sin excepción, nos volvimos pecadores por naturaleza. Cuando Adán pecó, su naturaleza interior fue transformada por su

pecado de rebelión, acarreándole la muerte espiritual y la depravación, la cual pasaría a todos aquellos que fueran después de él.

Somos pecadores, no porque pecamos; por el contrario, pecamos porque somos pecadores. Esa es la condición humana y que hoy describimos como la herencia del pecado, o la naturaleza caída. Así como heredamos características físicas de nuestros padres, así también heredamos nuestra naturaleza pecaminosa de Adán. El rey David lamentaba esta condición de la naturaleza humana caída escribiendo

"He aquí, en maldad he sido formado,
y en pecado me concibió mi madre".
Salmo 51:5

Por otra parte, antes que fuera dada la Ley de Moisés, el pecado no era imputado al hombre, sin embargo, los hombres seguían siendo pecadores por causa del pecado heredado. Después que la Ley fue dada, los pecados cometidos en violación a la Ley fueron imputados a ellos **(Romanos 5:13)**. La palabra griega traducida como "imputación", es un concepto utilizado para nombrar la acción y el efecto de imputar, es decir, atribuir la responsabilidad de un hecho reprobable a una persona.

Aún antes que las transgresiones de la Ley fueran imputadas al hombre, la paga por el pecado era la muerte, que continuó reinando hasta la consumación de la obra de

Jesucristo **(Romanos 5:14)**. Todos los humanos, desde Adán hasta Moisés, estuvieron sujetos a muerte, no por sus acciones pecaminosas contra la Ley Mosaica, la cual aún no tenían, sino por su propia y heredada naturaleza pecaminosa. Pero, después de Moisés, los seres humanos, a través del pueblo judío, pasaron a estar sujetos a muerte tanto por el pecado heredado de Adán, como por el pecado imputado por violar las leyes establecidas por Dios.

Sin embargo, el Señor usó este principio de imputación para beneficio de la raza humana, cuando Él imputó el pecado de los creyentes a la cuenta de Jesucristo, quien pagó la pena de muerte por el pecado, muriendo en la cruz del Calvario. Fue transferido nuestro pecado sobre Él, y Dios lo trató como si Él fuera un pecador, aunque Él nunca lo fue, y lo hizo morir por los pecados de todo el mundo **(1 Juan 2:2)**.

De esa manera, se hizo justicia, cumpliendo con la pena máxima, que es la misma muerte. Hay personas que piensan que Dios, simplemente nos perdona, y que es bueno por hacerlo. Sin embargo, ignoran el alto costo del perdón. No comprenden que Su perdón, no es un simple dicho o intención, sino la muerte sacrificial del Señor.

Es importante entender que el pecado fue imputado a Él, pero Él no lo heredó de Adán. Él sufrió el pago por el pecado, pero Él nunca fue un pecador. Su naturaleza pura y perfecta no fue tocada por el pecado. Él fue tratado como si hubiera sido culpable de todos los pecados que la raza humana hubiera cometido, aunque Él no cometió ninguno.

En cambio, Dios imputó la justicia de Cristo a los creyentes y acreditó a nuestras cuentas Su justicia, al igual que a Él, le acreditó nuestros pecados a su cuenta **(2 Corintios 5:21)**. En otras palabras, Jesucristo no fue culpable, pero se hizo responsable. El recibió todo lo malo que nos correspondía a nosotros y nosotros recibimos todo lo bueno que le corresponde a Él. Eso es gracia.

Por haber heredado la naturaleza pecaminosa de Adán, todos cometemos pecados individuales y personales, desde la aparentemente inocente mentira, hasta pecados muchos más graves que eso, y aunque procuremos no pecar, igual lo haremos, en pensamientos pecaminosos o sentimientos perversos que podamos tener, porque el problema, radica en una condición y no en un comportamiento.

Esto hace inevitable nuestra condición y por causa de eso, también es inevitable la separación con el Dios Santo. Esto de ninguna manera significa que Dios no nos ame, Dios es amor **(1 Juan 4:8)**. Pero Él no puede tener ninguna comunión con las tinieblas, porque Él es el Padre de las luces y no se encuentra en Su ser, mudanza alguna, ni sombra de variación **(Santiago 1:17)**. Todos los seres humanos, padecemos esta condición y por tal motivo, aunque haya algunas personas más buenas, o de mejor comportamiento que otras, sin Cristo, todos estamos separados de Dios. Incluso considerados como sus enemigos.

"Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de

concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros."
Titos 3:3

¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios."
Santiago 4:4

Todos los seres humanos, por esa pecaminosa naturaleza y por las obras que inevitablemente realizamos, somos enemigos separados de Dios, condenados tres veces debido al pecado heredado, el pecado imputado y el pecado personal. El único castigo justo por este pecado es la muerte **(Romanos 6:23)**, no sólo la muerte física sino la muerte eterna **(Apocalipsis 20:11 al 15)**.

El amor de Dios, ante la inevitable separación, generó un plan perfecto de reconciliación. Un plan capaz, no solo de salvar a los hombres, sino de volvernos a una íntima y restaurada comunión con Él. Por cierto, este plan es eterno y extremadamente costoso. No para nosotros, sino para el mismo Dios que lo creó. Un plan en el cual, Él mismo debió hacerse hombre y morir por toda la humanidad.

Afortunadamente para nosotros, los pecados heredados, imputados y personales, han sido crucificados en la cruz del Calvario, y ahora, por la fe en Jesucristo como el

Salvador, ***"tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia"*** **(Efesios 1:7)**.

Cuando Cristo murió en la cruz, Él satisfizo el juicio de Dios e hizo posible que todos los que fuimos enemigos de Dios encontráramos la paz con Él, de manera definitiva.

"Cuando éramos enemigos de Dios, él hizo las paces con nosotros a través de la muerte de su Hijo. Con mayor razón ahora que somos amigos de Dios, él nos va a salvar por medio de la vida de Cristo. Además, ahora nos alegramos por lo que Dios ha hecho ya que tenemos amistad con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo."
Romanos 5:10 al 12 PDT

Nuestra "reconciliación" con Dios, comprende el ejercicio de Su gracia y el perdón de nuestros pecados. El resultado del sacrificio de Jesús es que nuestra relación ha cambiado de enemistad a amistad. ***"Ya no os llamaré siervos... pero os he llamado amigos"*** **(Juan 15:15)**. De hecho, ya podemos decir que, no solo estamos reconciliados y que nuestra relación cambió, sino que ahora tenemos comunión con Dios, lo cual es un estado mucho más profundo y maravilloso.

La reconciliación cristiana es una gloriosa verdad. Éramos enemigos de Dios, pero ahora somos Sus amigos. Estábamos en un estado de condenación por nuestros pecados, pero ahora somos perdonados. Estábamos en guerra

con Dios, pero ahora tenemos la paz que sobrepasa todo entendimiento **(Filipenses 4:7)**.

Reitero una vez más: El hecho de que necesitábamos la reconciliación, significa que nuestra relación con Dios estaba rota. Puesto que Dios es santo, nosotros éramos culpables. Nuestro pecado nos alejó de Él, pero Cristo nos redimió para que podamos ser, librados, perdonados y reconciliados con el Padre. El apóstol Pablo, lo escribió muy claramente eso a los hermanos de Colosas.

"Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él."
Colosenses 1:19 al 22

Una vez que confesamos nuestros pecados personales a Dios y le pedimos perdón por ellos, somos restaurados a un perfecto compañerismo y comunión con Él. ***"Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad"* (1 Juan 1:9)**. Sin embargo, habiendo sido liberados de la condenación eterna del pecado, ahora podemos y debemos elegir, de qué manera nos vamos a comportar, porque tenemos el poder de resistir al pecado a través del Espíritu Santo que mora dentro nuestro, santificándonos y dándonos la convicción en todo momento **(Romanos 8:9 al 11)**.

Sin dudas el perdón de Dios está asociado directamente con la palabra gracia, que se refiere al favor inmerecido que recibimos de Dios. Es fundamental que entendamos el significado real y el alcance de la gracia de Dios. Les recomiendo bajar gratuitamente de mí página personal, un libro titulado "Gracia Divina", en el cual desarrollo con plenitud el tema de la gracia y seguramente les ampliará el panorama al respecto.

Ahora, a fin de comprender la obra de Dios y el alcance de la gracia manifestada en la reconciliación, podemos decir que Dios nos ama, de una manera incomprensible para nosotros. El amor relatado por Pablo en **1 Corintios 13**, no es un amor que pueda predicarse, ni demandarse a los hombres, sin la obra del Espíritu Santo. Los seres humanos simplemente no podemos amar así.

Nuestro amor es limitado, egoísta, selectivo y mortal. Nosotros podemos amar sin problema a quienes nos aman, a nuestra familia, a un amigo o incluso, a personas cuyas virtudes nos despierten ese sentimiento. Amamos a quienes elegimos, nadie puede imponernos la obligación de amar. Podemos amar mucho, sin embargo, también podemos dejar de hacerlo, ante las experiencias negativas de la vida.

El amor que Pablo describe en **1 Corintios 13**, es un amor sufrido, benigno, que no tiene envidia, que no es jactancioso, que no se envanece, que no hace nada indebido, que no busca lo suyo, que no se irrita, que no guarda rencor, que no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad.

Es un amor que todo lo sufre, que todo lo cree, que todo lo espera, que todo lo soporta y que nunca deja de ser **(13:4 al 8)**.

Nosotros, podemos amar a muy pocas personas de esa manera. Puede que a nuestros padres, esposa, o hijos, pero es muy difícil sentir ese amor por otros. Sobre todo, cuando Dios nos manda a tener un perfecto amor por el prójimo. Incluyendo por supuesto, a nuestros enemigos **(Mateo 5:44)**. Pregunto y espero sinceridad en la respuesta ¿Puede alguien amar absolutamente a todas las personas, tal como dice la carta a los corintios?

Yo creo que no, porque lo que Pablo expresa, no es el amor del hombre, sino el amor de Un hombre, llamado "Jesucristo", un hombre que también es Dios y en quién ahora vivimos, nos movemos y somos **(Hechos 17:28)**. Un hombre en quién podemos hasta lo imposible **(Filipenses 4:13)**. Esto quiere decir, que fuera de Cristo o separados de Él, nada podemos hacer **(Juan 15:5)**. Fuera de Él, no podemos amar como Él ama, ni ser gente de paz como Él es.

Esto lo explico, para dimensionar el amor de Dios, porque solo a través de esa revelación, se puede comprender los alcances de la gracia y la reconciliación. Es decir, nosotros cuando estamos peleados con alguien, o ese alguien es directamente nuestro enemigo, necesitamos encontrar argumentos muy claros para reconciliarnos. Aun así, no se nos hace nada fácil perdonar.

Sin embargo Dios, a quien hemos ofendido a través de cada pecado y de todas las maneras posibles. No solo nos perdonó sin solicitar argumento alguno, sino que además, entregó Su Hijo a morir, con tal de reconciliarnos con Él. Esto sería como si nosotros, peleados con alguien que nos hizo mucho mal, buscáramos pagar un alto costo para reconciliarnos, sin que siquiera esa persona nos pidiera perdón.

Debemos tener en claro que nosotros, no hubiésemos pedido perdón a Dios, si el Espíritu Santo, no nos hubiera traído convicción de pecado, de justicia y de juicio **(Juan 16:8)**. No está en el hombre, el arrepentimiento para la reconciliación, por eso es Gracia. Debemos considerar que sin el favor total de Dios, no tendríamos la capacidad, ni de darnos cuenta lo mucho que lo hemos ofendido.

Al evangelio no llegamos por nuestra elección, sino por la suya **(1 Corintios 1:26 al 28)**. Él nos escogió para alabanza de Su gracia **(Efesios 1:4 al 6)**, y nos reconcilió, para vida eterna y para propósito eterno. Es de vital importancia comprender esto, a fin de darle un contraste preciso, a toda la enseñanza que desarrollaré en cada capítulo de este libro.

El portal a la vida de la reconciliación, es la gracia, no nuestra elección. Algunas líneas teológicas, enseñan que nosotros elegimos a Cristo, pero eso no está en la Biblia. Si fuera así, nosotros seríamos reconciliados porque Cristo hizo la obra y nosotros completamos el trabajo. Sin embargo, Él

dijo “Consumado es…” **(Juan 19:30)**. No quedó nada por hacer, solo recibir y vivir el evangelio del Reino con toda devoción.

La Ley demanda, pero la gracia nos otorga todo lo necesario, y solo nos demanda lo que ella misma nos otorgó. Es decir, cuando Dios nos pide que hagamos algo, o vivamos de determinada manera, es porque nos otorgó, a través de Su Espíritu, la posibilidad y la capacidad para hacerlo. Por tal motivo, nos demanda amar y ser gente de paz con todos, porque Él derramó Su amor en nuestros corazones **(Romanos 5:5)**, y nos otorgó la paz, mediante la Sangre de Su cruz **(Colosenses 1:20)**.

Cuando llegamos a comprender, que no hay mérito en nosotros, ni para salvarnos, ni para vivir como Dios desea que vivamos, sino que todo lo hace Él a través de Su gracia, se nos terminan los argumentos y las excusas. El ministerio de la reconciliación es una gracia otorgada y solo puede cumplirse, en la revelación de que Él nos amó con amor eterno, y nos reconcilió sin merecerlo, y así debemos proceder con todos.

“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de

Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios."
2 Corintios 5:18 al 20

Pablo dice que antes éramos enemigos de Dios, pero ahora, por medio de Cristo, hemos llegado a ser sus amigos, y nos ha encargado que anunciemos a todo el mundo esta buena noticia de que a través de Jesús, el Padre perdona los pecados y hace las paces con todos. Debemos oficiar como embajadores, como voceros de esta gran verdad y rogar a todos que, al igual que nosotros, se reconcilien con Dios.

Esto se dará en quienes Dios determine, tampoco es nuestra esa elección. Nosotros, solo debemos cumplir apasionadamente con el gran ministerio de la reconciliación, que es la hermosa tarea, de abrir camino a la gracia de Dios sobre la humanidad.

Así nos lo ha mandado el Señor:
"Te he puesto por luz para las naciones,
a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra..."
Hechos 13:47

Capítulo dos

La reconciliación de Todas las cosas

"Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz"
Colosenses 1:15 al 20

Al recibir nueva vida espiritual, nuestra alma, entra en un proceso de redención permanente, mientras que nuestro cuerpo se va desgastando de día en día, hasta volver al polvo

(2 Corintios 4:16). Será entonces, en el gran día de la resurrección, que Dios nos dará un cuerpo nuevo y glorificado **(1 Corintios 15.53 y 54)**.

La Escritura habla de la redención como un acto consumado en Cristo y eso es claro. Lo que debemos comprender es que, en nosotros, la redención, se hace manifiesta a través de un proceso de fe. En el cual, la ministración del Espíritu y la Luz de la Palabra, nos van liberando de nosotros mismos y nos va llevando de gloria en gloria a la semejanza de Cristo.

Pablo exhorta a la iglesia por cómo nos debemos comportar. La biblia dice que somos espíritu, alma y cuerpo **(1 Tesalonicenses 5:23)**. Y durante todo el día somos personas espirituales, no solamente en la iglesia, o cuando oramos, o leemos la biblia, o cuando hacemos alguna actividad espiritual, sino que estemos donde estemos o hagamos lo que hagamos el Espíritu está encendido en nosotros porque Dios ha vivificado nuestro espíritu, y el Espíritu Santo ha venido a morar dentro nuestro.

Vivir plenitud en la dimensión del espíritu, no es una tarea fácil, porque en este mundo siempre sufriremos oposición. Pero esa es la tarea que nos va a catapultar a lo mejor de Dios para nuestra vida, porque la palabra dice que Dios es espíritu **(Juan 4:24)**, y si queremos vivir en Su plenitud, esa será la manera de lograrlo.

En los días de Su carne, Jesucristo, no se despojó de Su deidad, de hecho, toda la plenitud de Dios, habitaba en El. Por lo tanto, cuando apenas nació, era un pequeño niño que podía descansar en los brazos de María y aunque haya parecido frágil y delicado, Él tenía la autoridad para ordenar que el universo dejara de existir. Él fue tan Hombre como el mismo hombre; y Él tan Dios como el mismo Dios. Eso es lo que era, lo que es y lo que será.

Pero ¿Qué quiso decir Pablo con eso de que Él, vino a reconciliar todas las cosas? Bueno, si prestamos atención, veremos que en esta porción de la carta a los colosenses, Pablo habla de cuatro relaciones fundamentales de Cristo, de las cuales tomaré las dos primeras para desarrollar este capítulo, demostrando que ahora es la Iglesia, la portadora de Su plenitud.

"Pues la iglesia es el cuerpo de Cristo, la plenitud de Cristo, que es quien lleva todas las cosas a su plenitud."
Efesios 1:23

Veamos entonces, que Pablo menciona, la relación de Cristo con el Padre **(v. 15)** luego, la relación de Cristo con la creación **(vv. 16 y 17)**. También menciona la relación de Cristo con los hombres **(vv. 18 y 19),** y la relación de Cristo con la justicia **(v. 20)**. Estas dos últimas relaciones, las estaremos analizando en los siguientes capítulos. Ahora, intentemos comprender la relación de Cristo con el Padre.

El evangelio de Juan subraya que el Señor Jesús, cuando comunica a los hombres esa unión íntima y singular dice lo siguiente: ***"Yo y el Padre uno somos"*** **(Juan 10:30)**. Nosotros sabemos muy bien, que existe una profunda comunión entre el Padre y el Hijo, en lo que conocen de sí mismos: ***"así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre…"*** **(Juan 10:15)**. Tanto en esa gloriosa esencia, como en cada palabra se deja ver esa comunión: ***"¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras"*** **(Juan 14:10)**. Como en cada una de los hechos: ***"No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente"*** **(Juan 5:19)**.

Lo mismo ocurre respecto de las posesiones, Jesús dijo: ***"Todo lo que tiene el Padre es mío"*** **(Juan 16:15)**, y luego le dijo al mismo Padre: ***"todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío…"*** **(Juan 17:10)**. De hecho, Su misma expresión en la gloria que Jesús obtiene del Padre en el misterio supremo de la muerte y la resurrección, después de que él mismo se la ha dado al Padre durante su vida terrenal: ***"Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti..." "Yo te he glorificado en la tierra..." "Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti…"*** **(Juan 17:1 al 4)**.

Es decir, esta unión esencial con el Padre no sólo acompaña la actividad de Jesús, sino que determina todo Su ser, ya que Su encarnación reveló al Padre eterno. El Hijo es

consubstancial al Padre, es decir, que es en Él y con Él, es el mismo y único Dios.

Juan pone de relieve que los jefes religiosos del pueblo reaccionaban muy mal, precisamente por esta pretensión. Ellos no toleraban que Jesús mencionara a Dios como Su propio Padre y mucho menos, que se dijera de Sí mismo, ser igual a Dios.

"Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios."
Juan 5:18

En virtud de esta armonía en el ser y en el obrar, tanto con Sus palabras como con Sus obras, Jesús reveló al Padre: ***"A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado"*** **(Juan 1:18)**.

De este misterio, que supera infinitamente nuestra inteligencia, el apóstol Juan nos ofrece una clave, cuando proclama en la primera carta: ***"Dios es amor"*** **(1 Juan 4:8)**. Este vértice de la revelación indica que Dios es ágape, o sea, don gratuito y total de Sí, del que Cristo nos dio testimonio especialmente con su muerte en la cruz. En el sacrificio de Cristo, se revela el amor infinito del Padre al mundo, haciendo posible la reconciliación **(Juan 3:16)**.

Basándose en esto, la fe cristiana comprende la igualdad de las tres personas divinas: el Hijo y el Espíritu son iguales al Padre, no como principios autónomos, como si fueran tres dioses, sino que tienen en el Padre toda la vida divina, distinguiéndose de Él y recíprocamente, sólo en la diversidad de las funciones.

Así, la reciprocidad entre el Padre y el Hijo llega a ser para nosotros, un principio fundamental de nuestra nueva vida, que nos permite participar en la misma plenitud de la vida divina: ***"Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios"*** **(1 Juan 4:15)**. Gracias a esta comunión, todo converge en el Padre, mediante Jesucristo, al vivir nosotros, como miembros de Su cuerpo.

El Hijo se ha convertido en primogénito entre muchos hermanos **(Romanos 8:29)**, a través de su muerte, el Padre nos ha reengendrado **(1 Pedro 1:3; Romanos 8:32; Efesios 1:3)**, de modo que en el Espíritu Santo podemos invocarlo con la misma expresión usada por Jesús: Abbá Padre **(Romanos 8:15; Gálatas 4:6)**. Pablo ilustra ulteriormente este misterio, diciendo que ***"el Padre nos ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz. Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido"*** **(Colosenses 1:12 y 13)**.

Por último, el Apocalipsis describe el destino escatológico de quien lucha y vence con Cristo toda oposición: ***"Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre***

en su trono" **(Apocalipsis 3:21)**. Esta promesa de Cristo nos abre una perspectiva maravillosa de participación en la intimidad celestial con el Padre a través de la reconciliación.

Respecto de la relación de Cristo con la creación, tanto terrenal como celestial, veamos que Él, vino a reconciliar todas las cosas, no solamente al hombre.

"Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz."
Colosenses 1:20

En su primera venida, Cristo vino a realizar la obra de la reconciliación de todas las cosas, eso incluye, las que están en la tierra y las que están en el cielo, sean visibles o invisibles. Sin embargo, esa consumación de la cruz, verá su plena manifestación recién en Su gobierno milenial.

Hoy en día, la iglesia debe tener un ineludible interés por la ecología basada en una doble motivación. En primer lugar, porque debe existir en nosotros, una genuina preocupación por las amenazas que sufre la Creación, de hecho la creación gime, esperando nuestra manifestación al respecto **(Romanos 8:19)**. En segundo lugar, porque debemos tener conciencia de que el deterioro medioambiental está intrínsecamente vinculado al resto de las injusticias que padece el mundo actual.

Originalmente, la tierra fue creada sana y libre de contaminación, pero es el hombre, que por hacer uso inadecuado de ella, está hoy cosechando sus frutos malsanos y siendo víctima de su propio invento. La Biblia es muy clara cuando enseña que lo que el hombres siembra, eso también segará **(Gálatas 6:7)**. Así que estos resultados son apenas el comienzo de cosas peores que nos pueden sobrevenir, pues la siembra del mal, en estos últimos siglos, sin dudas ha sido bien abundante, por lo tanto, también lo será la cosecha.

A medida que ha aumentado el poder del hombre sobre la naturaleza y aparecen nuevas necesidades como consecuencia de esta demandante sociedad, el medio ambiente es maltratado y se deteriora cada vez más. El comportamiento social y cultural del hombre, ha modificado el medio ambiente según sus necesidades y no lo ha hecho, a la manera de Dios.

El Señor le enseñó a Israel claramente, como cuidar la tierra, como cultivarla y como dejarla descansar. La tierra está viva y es muy generosa. Uno le siembra una semilla y ella produce fruto en abundancia. El hombre no la deja reposar, la contamina con pecado, la manipula con el uso inadecuado de fertilizantes, ignora el mal que producen los monocultivos, la manipulación genética, la tala indiscriminada de los bosques, la contaminación química y la matanza descontrolada de animales, que sin dudas, provocan el sacudimiento de la tierra que reacciona ante tanta maldad.

El comportamiento del hombre, la violencia y la sangre inocente, derramada en guerras, homicidios y abortos, han torturado esta hermosa y perfecta creación que tenemos. La cual, en el principio fue ordenada y entregada al gobierno del hombre, quién tenía la tarea de administrarla sin pecar. Lamentablemente el pecado arruinó todo eso. Nuestro Creador la hizo hermosa, perfecta, agradable, fértil y productiva. Pero los ríos se han convertido en desierto, y los manantiales de aguas en sequedales, la tierra fructífera se hizo estéril, por la maldad de los que la hemos habitado estos miles de años.

Cuando la tierra gime y llora por los males que el hombre le ha causado, todavía nos quedan los recursos naturales que debemos cultivar y multiplicar para que los desiertos tengan estanques de aguas, y en la tierra seca broten manantiales. Los cristianos sabemos eso y a través del gobierno espiritual, tenemos autoridad para desatar bendición sobre la tierra. Los hijos de Dios, somos la única esperanza hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Es cierto que nuestra tierra tiene una profunda herida, pero para esa llaga profunda y dolorosa, tenemos consumada la gran obra de la cruz. La reconciliación está hecha. Que el hombre no lo sepa y no actúe conforme a esa maravillosa obra, no significa que no esté hecha, o que no sea lo suficientemente efectiva. Todo hombre verá la gloria del Señor y toda rodilla se doblará ante el Rey de reyes y Señor de los señores.

Él, no solo es el Creador, sino también el sustentador de todas las cosas. Por eso el rey David hacía estas afirmaciones proféticas:

"Tú, con la lluvia, cuidas de la tierra, y en gran manera la fecundas y enriqueces. Llenas de agua tus corrientes caudalosas y preparas el grano, cuando así lo dispones. Haces que los surcos se empapen y que se nivelen los terrones; con tus lluvias los reblandeces, y bendices sus renuevos."

Salmo 65:9 y 10

La benevolencia del Señor se muestra en ser propicio a los que le invocan, y eso es lo que debe estar haciendo la iglesia. Como Señor y regulador supremo de todos los fenómenos de la naturaleza y de los acontecimientos de la historia, se le debe especial acatamiento y veneración. Los habitantes de la tierra no lo hacen, porque no lo conocen, porque actúan como enemigos de Dios y porque no están reconciliados con Él. Nosotros sí, y por eso nuestro compromiso y actitud son claves.

Todas las riquezas de los campos son fruto de Su bendición; las cosechas, los abundantes pastos, la multiplicación de los ganados, pregonan Su grandeza. Y cuando no se producen, o cuando el caos climático y los fenómenos destructivos visitan la tierra, es porque la iglesia ha silenciado su voz de autoridad.

Yo sé que las tinieblas avanzan y la maldad del hombre es destructiva, pero la iglesia puede retrasar los planes del diablo y retener su maldad hasta que el Señor lo considere. La Iglesia, es el único canal de bendición sobre los hombres y sobre la naturaleza, porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo, es Su embajada en la tierra, Su nación santa, Su pueblo adquirido, con el deber de anunciar las virtudes de Su plenitud **(1 Pedro 2:9)**.

Nuestro mundo tiene en la actualidad un promedio de 7.400 millones de habitantes, de los cuales 840 millones padecen hambre cada día, a la vez que 1.200 sufren de desnutrición crónica. Eso es lo que está logrando, la perversa administración de un hombre separado de Dios.

Millones de habitantes de la tierra gimen y lloran por la incapacidad de sostenerse dignamente, a la vez que algunas empresas Multinacionales y Transnacionales, se enriquecen de manera impúdica y egoísta. Llevando adelante programas de cultivo y explotación que son verdaderamente perversos, avanzan sin consideración. El gobierno humano, que no es otra cosa, que el caldo de cultivo para la manifestación del anticristo, solo puede ser demorado por la iglesia.

Lamentablemente, debo decir que he comprobado, a través de mi caminar cristiano, que la Iglesia avanza con una actitud pasiva, de somnolencia espiritual y absurda victimización. Pero no somos víctimas de nada, somos la Iglesia preciosa del Señor, somos Sus embajadores y tenemos

la autoridad y el poder del Reino a nuestro favor. ¡Debemos actuar con autoridad y poder espiritual!

La historia bíblica, nos habla de un hombre llamado Isaac, hijo de Abraham, el cual en una época de hambre y escasez, debió mudarse a tierra desconocida, y vivir allí como extranjero pero, a pesar de todo, labró aquella tierra con toda diligencia, y cosechó aquel año ciento por uno; y le bendijo el Señor **(Génesis 26:12 al 14)**. Este varón se enriqueció, y fue prosperado, y se engrandeció hasta hacerse muy poderoso. Y tuvo hato de ovejas, y hato de vacas, y mucha labranza; y los filisteos, que eran los nativos de esa región, le tuvieron envidia, le provocaron a mal, pero no lograron nada, solo terminaron reconociendo que él, era bendito del Señor.

Nosotros somos benditos del Señor, en una tierra plagada de maldición y muerte. Nosotros debemos traer el cielo a la tierra y desatar la bendición del Reino. Eso no debemos hacerlo para enriquecernos como Isaac, aunque no hay problema con ello, si nuestro corazón está bien enfocado. Debemos hacerlo para que el Dios del cielo se glorifique en la obra consumada de Cristo en la cruz. Quién reconcilió consigo todas las cosas, haciendo la paz mediante el derramamiento de Su sangre.

Cuando yo era evangelista, solía ir al campo de un matrimonio de ancianos, que me permitían ocupar una habitación de su estancia, en donde podía orar y ayunar, en pleno silencio durante unos días. Yo solo permanecía encerrado en la habitación y salía dos veces al día, a caminar

y orar por los caminos del campo. Al hacerlo, siempre bendecía esa tierra y declaraba buena pastura para el ganado y buena cosecha de toda siembra que pudiera hacerse en el lugar.

Un año, estuve veintiún días encerrado en ese campo, al irme, bendije a los ancianos y solté la palabra sobre la tierra. Curiosamente, unos quince días después, hubo una tormenta y una copiosa lluvia que se extendió por varios días. Todos los campos de esa zona, se inundaron, se perdieron las cosechas y los animales quedaron sin pastura. Pero, para la gloria del Señor, el único campo de la zona que se inundó solo hasta el alambrado sin que el agua lo inutilizara, fue el campo de estos hermanos.

Los vecinos comenzaron a llevar su ganado y todos comentaban esa extraña rareza de que el agua, no inundara ese campo pero, nosotros sabíamos, que no era una rareza, ni una casualidad, sino la bendición de Dios, que había sido soltada sobre la tierra.

"La muerte y la vida están en poder de la lengua,
Y el que la ama comerá de sus frutos."
Proverbios 18:21

La bendición de quienes hemos sido reconciliados con el Señor, se desata sobre el territorio que pisamos. La revelación de la reconciliación, produce la manifestación del cielo en la tierra, de manera invisible y visible, a través del poder del Reino.

Yo nací en la costa del mar Atlántico, en una ciudad llamada Necochea, ahí crecí y ahí fui reconciliado con el Señor. Recién cuando fui consagrado como ministro, me mudé a otra ciudad y ya no volví, más que para visitar a mi familia. En una de esas visitas, yo estaba en la casa de mi madre a la hora de la siesta. Todos estaban durmiendo y yo me quedé leyendo la Palabra y orando al Señor. De pronto sentí claramente la voz del Señor dirigiéndome a una increíble acción.

Él me dijo, que camine hasta el centro de la ciudad, ubicado a unas cuatro cuadras de la casa de mi madre, en la plaza central. Cuando lo estaba haciendo, me dijo: "Vos te has reconciliado conmigo por cuanto me confesaste tu pecado y me pediste perdón… Pero nunca te has reconciliado con la tierra que te vio nacer y crecer. Tus pecados han ofendido y maldecido esta tierra… Creo que es hora de pedir perdón y bendecirla…"

Sinceramente, yo pensaba que todo eso era una locura, no había escuchado algo así, y luché con mi alma para llegar a la plaza y comenzar a elevar mi voz en el centro de la misma. Debo confesar que me sentí ridículo con las primeras palabras y miraba en todas direcciones pensando en la posibilidad de que alguien me estuviera observando.

Le hablé a la tierra y comencé a pedirle perdón por mis pecados y mis muchas ofensas. De pronto, la presencia del Señor me traspasó y un quebranto incontenible desató mi llanto. A esa altura, ya no me importaba si alguien me estaba

viendo o no. Lloraba con toda sinceridad, pidiendo perdón con toda convicción y bendiciendo la tierra que me vio nacer.

"Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad."
Lucas 2:14

Volví a la casa de mi madre, con mis ojos y mi corazón hinchado. Todos mis conceptos fueron trastocados y pude comprender, que estaba en paz, con Dios y con la tierra. Yo nunca había pensado que mis pecados, de alguna manera habían ofendido o afectado a la tierra y que la tierra, no me sería propicia sin reconciliación.

"La tierra yace profanada, pisoteada por sus habitantes, porque han desobedecido las leyes, han violado los estatutos, han quebrantado el pacto eterno."
Isaías 24:5 (BAD)

Por otra parte, puede parecer absurdo que un siervo de Dios, se pasee por las calles hablando con la tierra, sin embargo, luego de esta experiencia, pude comprender que los profetas, dirigidos por el Señor, también hicieron lo mismo.

"Prestad atención, oh cielos, y dejadme hablar; y escuche la tierra las palabras de mi boca".
Deuteronomio 32:1

"Acercaos, naciones, para oír, y escuchad, pueblos; oiga la tierra y cuanto hay en ella, el mundo y todo lo que de él brota."
Isaías 34:1

"¡Oh tierra, tierra, tierra!, oye la palabra del Señor…"
Jeremías 22:29

"Oíd, pueblos todos, escucha, tierra y cuanto hay en ti; sea el Señor Dios testigo contra vosotros, el Señor desde su santo templo."
Miqueas 1:2

"Oíd ahora lo que dice el Señor: Levántate, litiga con los montes, y oigan las colinas tu voz"
Miqueas 6:1

Cuando viví esta experiencia, comencé a ver en toda la Biblia diferentes circunstancias en las cuales, los profetas hablaron a la tierra, al igual que Cristo, como el verbo de Dios, que vino a bendecirla al reconciliar al hombre con el Creador, cancelando la enemistad y todas las maldiciones que produjo su desobediencia.

Desde entonces, cuando visito alguna ciudad por primera vez, o piso naciones en el Nombre del Señor, hablo con la tierra, la bendigo al pisarla y le declaro mi visita, como la visita de un hijo de Dios, un embajador del Reino, enviado para anunciar el evangelio y bendecirla. Luego le declaro

palabras y le digo que me sea propicia en mi estadía, en el nombre de Jesucristo.

Hoy nosotros, ya reconciliados, tenemos el deber de dar la buena noticia de la obra integral de Cristo. Es cierto que muchos se niegan a escuchar, que endurecen su corazón y continúan maldiciendo la tierra. Pero no debemos desanimarnos, ni dejar de anunciar la bendición, porque al final, el Señor vendrá y luego de Su ira, la tierra será llena de Su gloria y bendición.

"Porque así como las aguas cubren los mares, así también se llenará la tierra del conocimiento de la gloria del Señor."
Habacuc 2:14 (BAD)

Capítulo tres

Ministros de la Reconciliación

"De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios."
2 Corintios 5:16 al 20

En el capítulo anterior, nos enfocamos en la expresión de Pablo a través de su carta a los hermanos de Colosas, en donde mencionó la reconciliación producida por Cristo a

través de Su sangre derramada en la cruz. Una reconciliación de todas las cosas, lo cual, por supuesto incluye al hombre.

Aquí tomaremos la expresión de Pablo a los hermanos de Corinto, a quienes les enseñó sobre la reconciliación producida y el resultado o posicionamiento obtenido a través de la misma.

Cuando vemos la paz mediante la sangre de Su cruz, vemos un alto precio, pagado por causa del pecado de toda la humanidad. Así es que Dios no se acerca a nosotros acusándonos, señalándonos la rebelión y el pecado, sino que nos está diciendo: "Yo he sufrido el castigo. Yo he pagado la pena por todos sus pecados, y quiero que sepan que pueden venir a mí. La paz ha sido hecha en Jesucristo, si ustedes simplemente se vuelven a mí, y confiesan toda maldad, serán perdonados…"

Eso es lo que el Apóstol Pablo quiso decir en el capítulo **5**, versículo **1** y **2**, de su epístola a los **Romanos**, cuando escribió: ***"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios..."***

Podemos notar, que el apóstol Pablo colocó juntos el perdón de los pecados a través de la sangre, como una gracia maravillosa en la cual podemos estar firmes. Dios puede perdonar porque la penalidad ya ha sido pagada. Y Jesús

pagó y sufrió ese castigo por medio de Su sacrificio en la cruz. Pero remarquemos nuevamente que un Dios justo como el nuestro, solo puede perdonarnos, a través de la justicia.

Hay gente que piensa que el perdón, es una cuestión de sentimientos o buena voluntad. Sin embargo, el perdón solo fue posible a través de pagar un altísimo costo. Dios como tal, podría haber perdonado al hombre, tan solo con sus Palabras, pero no se habría hecho justicia. La paga del pecado es muerte y Cristo, sin ser culpable, se hizo responsable muriendo en nuestro lugar.

La reconciliación es hacia el hombre, mientras que la redención es hacia Dios. Dios hoy le dice a cada persona: "Yo me he reconciliado con ustedes: ¿no se reconciliarán ustedes conmigo?" Esta es la buena noticia que anunciamos y es la decisión que todo ser humano debería tomar. Lamentablemente nadie acepta la reconciliación. Las mismas tinieblas, hacen imposible el entendimiento en los hombres. Por tal motivo, el Señor derrama mayor gracia, trayendo luz a través de Su Palabra y convicción a través de Su Espíritu Santo.

"Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado."
Juan 16:8 al 11

El Apóstol Pablo lo explicó claramente en su **segunda** carta a los **Corintios 5:18** al **20**, que cité al principio de este capítulo y que bien podemos leer nuevamente: ***"Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios…"***

Hay muchas personas que tienen la idea de que uno tiene que hacer algo para ganarse el favor de Dios. Pero es Dios, quien está tratando de introducirnos al Reino, a través de Su justicia, no de la nuestra. Cuando dos personas se pelean por algún motivo y luego procuran reconciliarse, es necesario que ambas partes pongan lo suyo para que esa restauración sea posible. Se considera lógico que pongan un 50% cada uno y pacten la reconciliación.

Con el evangelio del Reino, no ocurre eso. El hombre, no tiene nada que poner, por el contrario, ni siquiera busca la reconciliación **(Romanos 3:11)**. Es Dios el que hacedor de todas las cosas, nosotros no merecíamos nada, sin embargo, Jesucristo ya consumó la obra, el Señor ahora, está pidiendo a los hombres que se reconcilien con Él, solo por gracia y por medio de una fe, que incluso, Él mismo debe otorgar **(Efesios 2:8)**.

La forma en la que ha determinado comunicar tan buena noticia, es a través de la iglesia. Por tal motivo, Pablo dice que el Señor, una vez que nos ha reconciliado, nos entrega el ministerio de la reconciliación.

Este enfoque, Pablo lo hace, considerando que si estamos en Cristo, somos nuevas criaturas capaces de ejercer esa función **(2 Corintios 5:17)**. Es en la nueva naturaleza espiritual y revestidos de Cristo, que podemos ser efectivos a la hora de ejercer dicho ministerio.

Estar en Cristo, no es exactamente lo mismo que tener a Cristo. Cristo en nosotros representa el nuevo nacimiento; lo que manifiesta que ya confesamos, **Romanos 10:9 y 10**, y hemos recibido el don del Espíritu Santo. Eso, es un requisito previo, para poder estar en Cristo, pero no es todo. No podemos estar en Cristo, si no tenemos a Cristo morando en nosotros, pero una vez que lo tenemos, somos llamados a más. Esto parece un juego de palabras, pero no lo es.

Cuando confesamos nuestros pecados y a Jesús como Señor de nuestra vida **(Romanos 10:9)**, Su sangre nos limpia de todo pecado **(1 Juan 1:7)** y Su Espíritu viene a morar en nosotros **(Efesios 2:22)**. Eso es recibir la vida de Cristo, eso nos convierte automáticamente en nuevas criaturas. De esa manera, obtenemos la vida eterna y la bendición, pero luego, el Espíritu Santo nos guiará a despojarnos del viejo hombre y sumergirnos en la Persona de Cristo para una vida plena **(Efesios 4:22 al 24)**.

La frase ***"…y todo esto proviene de Dios…"*** básicamente significa; que fue Dios, quien hizo todas las cosas, no nosotros. Él es, el creador del universo, el que nos reconcilió consigo mismo por medio de Jesucristo. Dios hizo su parte cuando nos reconcilió y Jesucristo hizo la suya, cuando murió en la cruz, a nosotros solo nos toca recibir esta gracia consumada.

Después de recibir y de entrar en la verdadera vida, nosotros debemos tomar partido, siempre dependientes de la obra del Espíritu Santo, pero es nuestra responsabilidad entregarnos cada día y asumir los compromisos de la santidad. También debemos ejercer el ministerio de la reconciliación, que como dice la Biblia, ***"nos fue dado"***. La palabra ***"dado"*** significa: otorgar, conferir, o entregar, entre otras definiciones. Así que, este ministerio es algo que Dios nos otorgó a nosotros, algo que nos confirió, algo que Él nos delegó a nosotros para su cumplimiento. Ya lo tenemos, está disponible, pero depende de nosotros llevarlo a cabo de manera efectiva. Reitero: "Siempre en dependencia absoluta del Espíritu Santo, pero nosotros debemos determinar".

La palabra ***"ministerio"*** aquí, es la palabra griega ***"diakonía"***, que significa: ayuda (como funcionario); servicio (como ministro), oficio, (como diaconado); asistencia (como un servidor). Esa misma palabra ***"ministerio"***, es la que nos hace pensar en los ***"dones ministeriales"***. No cualquiera opera esos dones ministeriales, porque deben ser conferidos.

En este caso, del ministerio de la reconciliación, ha sido asignado a todo creyente que se precie de tal. Simple y llanamente porque ministerio, significa servicio y si hemos sido reconciliados, debemos reconciliar. Por gracia recibimos, por gracia debemos dar **(Mateo 10:8)**.

Ya sea que actuemos como una ayuda, como un ministro, o como un funcionario, estamos aquí para servir, tenemos que aceptar ese servicio, y hacerlo con pasión, simplemente demostrando gratitud por todo lo recibido. Cuando un cristiano, no disfruta el evangelio o la vida con Cristo, es porque no se ha convertido, o porque está practicando religión y eso, seguramente lo hará inepto para el ministerio de la reconciliación.

El versículo **19**, nos enseña algo verdaderamente importante, porque establece que Dios nos muestra el camino, con su ejemplo, reconciliando al mundo con Su amor y humildad, no acusando, ni reaccionando ante el mal, demostrando la esencia misma de la reconciliación. Jesús enseñó sobre el perdón total, no juzgo a nadie, sino que fue juzgado. Nosotros también, debemos actuar con un corazón perdonador, porque fuimos perdonados. Debemos actuar con amor, al igual que Él actuó. En tal caso, una vez más, necesitamos vivir en dependencia del Espíritu para lograrlo.

Con respecto a la reconciliación, Dios no está interesado en medias tintas, con Dios no hay mitad y mitad. El proveyó el perdón total; ¿no crees que deberíamos al menos intentar un compromiso total? ¡Eso es lo que él espera

de nosotros, y es por eso qué nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación! No debe haber cristianos, conflictivos, generadores de pleitos o contiendas. Debemos ser gente de paz, conciliadores con todos y en toda situación.

La palabra ***"encargó"***, aquí es la palabra griega que, en general, se traduce como: poner, fijar, o hacer. Es decir, algo que Dios ha establecido de antemano. Veamos algunos ejemplos de esta palabra, de una manera más descriptiva.

"Más ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso…" **(1 Corintios 12:18)**. ***"Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros…"*** **(1 Corintios 12:28)**. En estos dos versículos las palabras ***"colocado"*** y ***"puso"***, significan, que Dios estableció de antemano donde colocar o poner, tanto los miembros del cuerpo, como los dones ministeriales.

Veamos otros ejemplos: ***"Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo"*** **(1 Tesalonicenses 5: 9)**. ***"Para esto yo fui constituido predicador y apóstol…"*** **(1 Timoteo 2: 7)**. ***"del cual yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles…"*** **(2 Timoteo 1:11)**.

En todos estos versículos, la palabra griega utilizada es ***"títhemi"***, independientemente de las palabras en español, como colocar, poner, o constituir, palabras elegidas por los editores de las diferentes versiones bíblicas. En definitiva, el

término significa, ser establecido de antemano. Fue la voluntad de Dios el no ponernos para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo. Fue la voluntad de Dios, poner, o constituir a Pablo como predicador, apóstol, y maestro de los gentiles. Y fue la voluntad de Dios y su prerrogativa, encargarnos a nosotros la palabra de la reconciliación, lo cual es un verdadero privilegio.

Esto es exactamente lo que tratamos de decir, los pastores y maestros, al enseñar sobre caminar en el propósito eterno. Ser hijos de la luz, embajadores de Cristo, o ministros de la reconciliación, es parte de caminar en el propósito para el cual, el Señor nos ha redimido.

Ahora bien, Pablo dice que se nos ha encargado la palabra de la reconciliación. ***"Palabra"*** en el versículo **19** en el idioma griego es ***"logos"***, que según la concordancia Strong significa, algo dicho, tema expuesto, expresión divina, noticia, plática, predicar, tratado, decir, discurso, exhortar, hablar, entre muchas otras. Así que esta ***"palabra de la reconciliación"***, es algo que tenemos que decir, es una doctrina que debemos seguir, y es un trabajo que debemos llevar a cabo a través de la expresión.

El ministerio de la reconciliación es imposible, si no hablamos, si no nos movemos, si no trabajamos, si no servimos a Dios con diligencia. A la vez, que debemos procurar todos los cuidados para ser creídos. Me refiero al hecho de no solamente hablar de reconciliación y perdón

divino, sino vivir como gente misericordiosa, que pasa por alto las ofensas, que comprende la bajeza humana y que perdona todo lo que puedan hacerle.

El ministerio de la reconciliación, no puede ser eficiente jamás, en cristianos conflictivos, que no logran absorber una ofensa, o que no perdonan el mal que otros puedan hacerle. Ahora debemos oficiar como embajadores de Cristo. Un embajador es un alto representante de un país, nosotros somos representantes de Dios en la tierra.

Por eso, es tan importante vivir en Cristo y no en la esfera de nuestras emociones, porque sólo estando en Cristo podemos llevar con eficacia este ministerio de la reconciliación. Debemos despojarnos del viejo hombre y revestirnos de Cristo, debemos morir al yo para vivir en Él. Ahí radica la eficacia de la reconciliación.

Hechos 13:43 al 48 dice lo siguiente: ***"Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios. El siguiente día de reposo se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos***

volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna".

En el versículo **43** Pablo persuadió a muchos de los judíos y prosélitos religiosos, tanto a judíos, como a extranjeros convertidos al judaísmo, para continuar en la gracia de Dios. La gracia de Dios, solo viene a los hombres a través del nuevo nacimiento, esto indica, que algunos de esos judíos y prosélitos eran creyentes renacidos. El versículo **44** menciona que casi toda la ciudad escuchó la palabra de Dios. El versículo **45** muestra que Pablo y Bernabé fueron confrontados por los Judíos envidiosos que contradecían y blasfemaban lo que ellos estaban enseñando. El versículo **46** muestra el denuedo de Pablo y Bernabé para confrontar a los detractores.

La palabra ***"puesto"*** en el versículo **47** es nuevamente la palabra griega ***"títhemi"***, indicando que fue Dios quien ***"puso"***, o estableció de antemano a Pablo y Bernabé como luz de los gentiles. El versículo **48** demuestra que muchos de los gentiles, que vinieron a oír la Palabra de Dios, creyeron, regocijándose y glorificando la Palabra de Dios.

Este es un maravilloso ejemplo de Pablo y Bernabé llevando a cabo el ministerio de la reconciliación, tanto para algunos creyentes renacidos que estaban alejándose de Dios

y su Palabra, como para aquellos que nunca habían escuchado hablar del evangelio del Reino.

"Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios".
2 Corintios 6:1

Este versículo nos ratifica que somos colaboradores de Dios, y como colaboradores suyos, debemos estar capacitados para ministrar, o sea, servir esa reconciliación, a quienes no conocen a Dios ni Su Palabra, y así como somos nosotros mismos exhortados a no recibir en vano la gracia de Dios, debemos exhortar, o persuadir, como Pablo y Bernabé lo hicieron, a aquellos hermanos en Cristo que por una razón u otra están alejados de la senda correcta.

Por medio de la obra completa de Jesucristo, Dios nos perdonó de una vez y para siempre, su perdón es total, su acto de reconciliarnos con Él mismo, fue sin reservas, Él nos aceptó a pesar de todo. ¿Por qué entonces, nosotros encontramos tan difícil, el aceptarnos unos a otros? ¿Por qué tenemos que decirle al hermano en conflicto, discúlpate tú primero? Si Dios ya nos mostró el camino, y podemos ver en la carta que el apóstol Pablo escribió a los **Colosenses 3:13** que debemos soportarnos y perdonarnos los unos a los otros. ¿Por qué nos cuesta tanto hacerlo? Cuando esto ocurre, es cuando surge este concepto de haber recibido la gracia de Dios en vano.

Recibir la gracia de Dios en vano es, no valorar el sacrificio de Jesucristo, es, no aceptar el perdón total de parte de Dios, es algo así, como decir: “yo voy a hacer lo que yo quiero” Y eso, es precisamente lo que Dios no quiere que hagamos. Por eso nos exhorta, a tener sumo cuidado al respecto.

Exhortar es incitar a alguien con palabras, a que haga o deje de hacer algo. Dios nos exhorta a no recibir su gracia, su perdón total, su reconciliación, en vano. Y cuando tenemos desordenes de vida, cuando tenemos pleitos, cuando tenemos celos, ira, desavenencias, es como demostrar el haber recibido la gracia de Dios en vano.

Es aquí donde podemos ver la diferencia, entre un creyente renacido, que aunque tiene a Cristo en su interior, aún batalla con las cosas de la carne y se doblega ante las emociones del alma. Y un creyente renacido que está en Cristo, manifestando esa nueva creación, sometiendo su vida al gobierno del Espíritu Santo. Lo que es, absolutamente relevante, tanto para nuestras vidas, respecto de nuestra comunión con Dios, como para el cumplimiento efectivo del ministerio de la reconciliación.

Recordemos que el diccionario dice, que la reconciliación es el acto de reconciliar; o sea, lograr que dos personas o grupos sean amigables de nuevo, después de una discusión o desacuerdo. O bien, el proceso de encontrar una manera de hacer, que dos diferentes ideas, hechos, existan al mismo tiempo.

Esa definición de la reconciliación de acuerdo a la cultura de nuestra sociedad, enseña que en cualquier conflicto, debemos ceder 50% para que la otra parte ceda el otro 50%, y poder así llegar a un acuerdo. Pero nosotros, como creyentes cristianos renacidos del espíritu de Dios, no debemos vivir conforme a los lineamientos del mundo sino conforme a la voluntad de Dios.

La reconciliación con Dios, según estamos aprendiendo, es por gracia y Él mismo, nos enseña a no recibir Su gracia en vano, nos enseña a valorar el sacrificio de Jesucristo, nos enseña a recibir el perdón total que nos extiende y Su ilimitada aceptación, a pesar de lo que podamos haber realizado. Y nos enseña, que nosotros también debemos perdonar completamente a los demás sin reserva alguna.

En cuanto a su aplicación, el ministerio de la reconciliación afecta a todo aquel creyente renacido del espíritu de Dios que vive en conflicto, ya sea por causa de las artimañas del mundo, o por desacuerdos y desavenencias con otros creyentes cristianos, que alejándose de Dios y su Palabra, se olvidan de su perdón y de su aceptación sin reservas, recibiendo así, la gracia de Dios en vano. También aplica y afecta, a todo aquel que no ha conocido a Dios ni su Palabra, o que no ha oído lo suficiente de ella para creer.

Ahora, con respecto a esa controversia, de, ¿a quién está dirigido este ministerio? La Biblia dice, que así como

Dios nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, también nos dio a nosotros el ministerio de la reconciliación.

La palabra ***"nosotros"*** en el texto, nos incluye claramente. Si ese ministerio es para nosotros, debemos llevarlo a cabo. Lo que es innegable, es que Dios, al darnos tanto, nos demanda que actuemos responsablemente como verdaderos canales de Su gracia.

"Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad. Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio."
Santiago 2:12 y 13

¿No es esto maravilloso? Cuando tenemos conflictos con alguien juzgamos, y cuando juzgamos condenamos, y cuando condenamos aprisionamos. Debemos hablar la ley de la libertad y mostrar misericordia, como Dios la mostró con nosotros cuando perdonó nuestros pecados. Nosotros tenemos la obligación de actuar conforme el Señor lo hizo con nosotros. No hacerlo, es como estar olvidando o menospreciando la gracia recibida.

"Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador

Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie.”
Tito 2:11 al 15

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz…”
Efesios 4:1 al 3

Capítulo cuatro

Reconciliados con la Vida

"El que sigue la justicia y la misericordia
Hallará la vida, la justicia y la honra"
Proverbios 21:21

El término vida no siempre significa lo mismo, es decir, no es unívoco, porque se habla de vida vegetal, animal, humana, divina, intelectual, espiritual, afectiva u otro tipo de definiciones. Ahora bien, podemos decir que en el latín es donde se encuentra el origen etimológico de la palabra vida. Concretamente procede del vocablo ***"vita"***, que a su vez emana del término griego ***"bios"***. De esta forma, ***"bios"*** y ***"vita"*** dan lugar a la palabra ***"vida"***.

No obstante, el concepto "vida" es abstracto y, en ocasiones se encuentra extraído o relacionado con vivir. Puede significar tanto el espacio de tiempo que transcurre desde el momento de la concepción, algún momento de la gestación, o del nacimiento hasta la muerte, que puede ser de un cuerpo o de un organismo, como el ser en sí. También

puede significar un fenómeno que anima y da vida a la materia; la existencia y la capacidad de los seres vivos para desarrollarse, reproducirse y mantenerse en un ambiente. Puede considerarse también, la duración de los objetos, y el modo o el conjunto de actividades o de acciones que podemos desarrollar los "vivientes".

Pero ¿Por qué motivo considero en este capítulo, la necesidad de estar reconciliados con la vida? Bueno, en primer lugar, porque la vida es Cristo **(Juan 14:6)** y eso lo resume todo. Por lo cual, solo se tiene la vida si se tiene una reconciliación con Dios a través de Cristo.

"Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida."
1 Juan 5:11 y 12

En segundo lugar, porque muchos, antes de la reconciliación con Dios, hemos vivido perdidamente y hemos cometido muchos errores que, generalmente producen profundas heridas en el alma. Y no se puede vivir la plenitud de Cristo, si no se tiene una reconciliación con uno mismo.

Cuando vivimos en Cristo y algo no funciona bien en nuestro corazón, tiene que haber algún motivo. Si tenemos la nueva vida de Cristo y en Él vivimos nos movemos y somos, como dice **Hechos 17:28**, debemos tener paz. Eso no implica que todo debe ser perfecto, pero seguramente estaremos sanos. Cuando esto no ocurre, puede que alguna herida

producida por rechazo, abandono, humillación, traición, o injusticia, nos mantenga atados al dolor y la falta de plenitud. De ser así, es necesario reconciliarnos con nuestra propia vida y no dar lugar al enemigo.

Hay quienes encuentran dificultades en su presente vida cristiana y no logran discernir los motivos que las producen. Estos, viven como desconformes, enojados o frustrados por las situaciones que deben afrontar, pero lo que deberían hacer es en primer lugar, identificar el origen de esos conflictos, porque hay conflictos o dificultades que están totalmente relacionadas con el propósito espiritual, a la vez que hay otras situaciones adversas, que pueden ser producto de algo sin resolver en la vida del cristiano.

Por ejemplo, si miramos la vida del apóstol Pablo, a partir de su conversión, veremos que vivió en la perfecta voluntad de Dios, sin embargo sufrió todo tipo de adversidades, golpes, cárceles, traiciones, enfermedades, naufragios y aun la picadura de una serpiente venenosa, sin embargo nada de eso fue por una atadura en su alma, por una herida en su corazón, o por viejos rencores del pasado, al contrario, fueron por causa de su apostolado. Por tal motivo, vemos que Pablo no vivió en amargura.

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en

las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado."
Romanos 5:1 al 5

Pablo decía tener paz para con Dios. Él conocía muy bien la gracia de la reconciliación y no se frustraba ante las adversidades, sino que se gloriaba en ellas. Sin dudas, alguien que piensa y reacciona de esa manera, no solo está reconciliado con Dios, sino también con él mismo.

Yo conozco algunos hermanos que no logran asimilar las dificultades de ninguna manera. O se las asignan a Dios, o le echan la culpa al diablo por todo, pero no se dan cuenta de que en muchos casos, son ellos los que abren las puertas a la adversidad, al no tener paz con ellos mismos y con su pasado.

Esto es algo que no se enseña muy a menudo, porque siempre se habla de recibir el perdón de Dios y se enseña sobre perdonar al prójimo, pero casi nunca se enseña de perdonarse todo a uno mismo, y lamentablemente muchos de nosotros, conocemos al Señor, después de habernos fallado varias veces en la vida. Eso genera rencores, enojos, heridas, complejos y temores a los que debemos renunciar luego de nuestra reconciliación con Dios.

Cuando hemos vivido experiencias muy traumáticas y estás, han involucrado a terceros, somos propensos a perdonar, porque el Señor nos trae convicción y genera en nosotros el sentir del perdón. Sin embargo, también es necesario el perdón hacia uno mismo, porque sin dudas, asumimos los muchos errores cometidos y los altos costos que a veces pagamos por nuestra propia culpa y esto no es inocente a la hora de reconciliarnos con Dios.

En una ocasión, practiqué liberación a una hermana que había sufrido abuso sexual durante su infancia. Ella había recibido la gracia del Señor y a pesar de lo difícil que fue asimilar la necesidad, extendió perdón sobre su abusador. Sin embargo, no lograba plenitud espiritual y al ministrarla descubrimos que ella no podía perdonarse a sí misma.

Ella pidió perdón a Dios y perdonó a todos los que alguna vez pudieron ofenderla, incluso a su abusador, pero no aceptaba perdonarse a sí misma y reconciliarse con su pasado. Cuando uno escucha a una persona culparse por abuso infantil, cuando en realidad solo fue víctima, es fácil identificar el error, sin embargo, para ellos, es algo muy difícil de detectar y asumir.

Fue necesario hablar durante horas, antes de que esta hermana aceptara perdonarse a sí misma y reconciliarse con su pasado. Incluso había perdido los recuerdos de su infancia, ella decía no recordar absolutamente nada, hasta casi llegada su adolescencia y sobre todo el tiempo en el que comenzó a vivir con cierta rebeldía. De su niñez, solo tenía vagas

imágenes casi pictóricas, pero no lograba recordar situaciones vividas.

Debo decir que yo menciono el caso de esta hermana, pero he ministrado a muchas personas con reacciones semejantes. No podemos reconciliarnos con Dios y tener una vida espiritual plena y de paz, sin no estamos reconciliados con nuestra propia vida.

Aunque espiritualmente recibamos nueva vida espiritual y la vivamos en la revelación de que las cosas viejas pasaron **(2 Corintios 5:17)**. Nuestra memoria no se ha borrado y si no aceptamos hacer la paz con nuestro pasado, no tendremos paz en nuestra vida presente.

La falta de reconciliación es producto de sostener vigentes las injusticias vividas, lo cual hace imposible la paz y mucho menos el gozo del Espíritu Santo.

"No sea, pues, vituperado vuestro bien; porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo."
Romanos 14:16 y 17

Cuando entramos a la vida de Reino, no solo somos perdonados, sino que somos justificados en Cristo. Él pasa a ser nuestra justicia **(2 Corintios 5:21)**. Eso produce la paz que sobrepasa todo entendimiento **(Filipenses 4:7)**, y solo cuando conocemos esa paz, somos capaces de vivir en el gozo del Señor.

Nosotros, no debemos atribuir rápidamente nuestras circunstancias adversas al diablo, ni debemos frustrarnos como si no pudiéramos lograr resultados positivos por nuestra incapacidad. Primero debemos comprobar, si lo que estamos viviendo son consecuencias necesarias, asociadas al propósito eterno, si en verdad es un ataque espiritual, o si la consecuencia de toda adversidad, solo está ligada a cuestiones irresueltas en nuestro corazón.

La evidencia para no caer en este error es analizar si estamos caminando en la perfecta voluntad de Dios, si estamos dando frutos de ello y si todo lo ocurrido nos ayuda a bien o no. Reitero, hay aflicciones que solo tienen que ver con nuestra vida en Cristo y aunque puedan ser dolorosas, son necesarias, no debemos frustrarnos por ellas.

No busquemos rápidamente un culpable, incluso no optemos por la descalificación personal, porque tal reacción, es no comprender el alcance que tiene la reconciliación. Como hemos visto en los capítulos anteriores, la reconciliación supone, en primer lugar, superar la radical ruptura que es el pecado, origen y raíz del mal y conflicto en el mundo.

Posteriormente, si nos miramos a nosotros mismos, nos vamos a dar cuenta de que somos seres contingentes y limitados. También vamos a descubrir que por más qué, en el mejor de los casos, anhelábamos estar cerca de Dios, o hacer las cosas bien, estábamos rotos, partidos, imposibilitados. Es, decir, en palabras del apóstol Pablo, no podíamos hacer el

bien que queríamos sino el mal que no queríamos **(Romanos 7:19)**. De esta manera, vivíamos desconectados de Dios y es por ello que necesitábamos reconciliarnos.

Se trata entonces de reunir lo separado para recomponerlo y, en vista de que el hombre vive alienado, despersonalizado, enajenado y fuera de sí, el mundo vive una crisis de valores. Así que por debajo de los males y conflictos de la sociedad, hay una herida profunda y fundamental en el hombre mismo, originada por el pecado.

Esa es la ruptura central y fundamental que tiene que ser sanada y reconciliada. El problema es que si Dios, no se revela a los hombres, la única opción y la más común en estos días, es la de los psicólogos, que trabajan haciendo lo posible para sanar y reconciliar las heridas emocionales, afectivas y psicológicas, de manera que las personas se abran a vivir una existencia libre, virtuosa y reconciliada con ellos mismos.

Todo ser humano debería abrirse, al don de la reconciliación con el prójimo y con su propia vida. Muchos trabajan para lograrlo, pero aun así, nosotros sabemos que eso, no produce plenitud total, porque por más que haya reconciliación con todo el entorno, falta la más importante de todas que es la reconciliación con Dios.

En realidad, todos somos seres creados para el amor, para el encuentro y la comunicación profunda, por eso hay tanta frustración, depresión y tristeza en las personas que no logran ese estado. No somos seres para el odio o la muerte,

pero sin Dios, es el único camino que nos arrastra a la perdición.

"Hay camino que al hombre le parece derecho;
Pero su fin es camino de muerte."
Proverbios 14:12

La gran búsqueda de la humanidad, es la búsqueda de la felicidad, pero no siempre se la encuentra, y si alguien dice haberla encontrado, solo le será un estado momentáneo y pasajero. Lo eterno y verdadero, solo puede venir con Dios y cuando llega, hay que hacer las paces con todo y con todos, incluyéndonos a nosotros mismos.

Los hijos de Dios, alcanzados por la gracia, ya tenemos lo más importante y absolutamente necesario para una vida feliz, la reconciliación con nuestro Padre. Pero, si aun así, no logramos plenitud, es porque tal vez, el equilibrio armónico entre las diferentes funciones de nuestro ser, no se ha producido. A pesar de la obra integral del Señor, no se producirá en nosotros la plenitud, si no hay una reconciliación con nuestra propia vida, incluyendo, los errores del pasado.

Para lograr esto, es fundamental la humildad y el reconocimiento, así como el trabajo de abrir momentáneamente nuestro legajo de vida. No para juzgarnos, porque el Señor ya nos juzgó en Cristo, sino para reconocerlo, aceptarlo y sepultarlo en la paz del perdón.

Nuestra salud mental siempre será proporcional a la comunión que gocemos con el Señor y con la consciencia integral que nos proporciona Su Espíritu. El adecuado funcionamiento de las capacidades cognitivas, afectivas, ejecutivas y de relación, nos brindarán bajo el comando del Señor, una plenitud de vida extraordinaria.

Por medio de la Luz de Dios, la capacidad cognitiva, nos permitirá conocer y juzgar las circunstancias y al mundo que nos rodea por su justa medida. Por medio de la capacidad afectiva, podremos introducir emociones en nuestra vida y convertirlas en auténticas vivencias, capaces de conducirnos a una plenitud extraordinaria.

La capacidad ejecutiva por su parte, es la que nos permitirá llevar a cabo acciones de acuerdo con la voluntad revelada de Dios. La comunión con el Espíritu Santo, hace posible lo imposible, poniendo en nosotros el querer como el hacer correcto, por Su buena voluntad **(Filipenses 2:13)**. Por otra parte, la capacidad relacional ahora en Cristo, nos aportará recursos y estrategias para movernos adecuadamente en todo ámbito que debamos transitar.

El apóstol Pablo intercedía por los santos para que pudieran avanzar en el noble combate por vivir una existencia virtuosa. Para nosotros, nada ha cambiado, vivir una existencia virtuosa implica una vida que busque la reconciliación con nosotros mismos, con los demás, con la naturaleza y con el creador.

Ahora bien, la existencia virtuosa se construye en el día a día, es una lucha, un combate, una aventura; implica un esfuerzo diario y cotidiano. Es un camino incluso con muchas caídas puesto que somos débiles y frágiles. La actitud virtuosa es levantarse una y otra vez; pedir perdón, aceptar con humildad nuestros defectos y seguir corriendo, seguir avanzando en el noble camino de la fe.

Hay hermanos que claudican a su fe, por sentirse frustrados, al considerar que le fallan a Dios, una y otra vez. Cuando han compartido conmigo dicha situación, busco distenderlos al decirles: "hermanos, ustedes no le han fallado a Dios, ustedes han nacido fallados…" Esto los hace sonreír, pero más que un chiste, es una realidad.

Todos hemos nacido bajo la incapacidad de una naturaleza caída y no hay remedio para nosotros. Solo la muerte. Por tal motivo, Jesucristo murió, para llevarnos a la cruz en Él y darnos vida nueva a través de la resurrección. Ahora vivimos por la fe en Él y no por esperanza en nosotros mismos. No es extraño que fallemos, lo extraño sería que nunca lo hiciéramos.

Debemos ser gente entregada y comprometida, pero la esperanza no está en nosotros, sino en el Señor. Ahora todo lo podemos en Él, no en nosotros. No procuramos cambiar, procuramos morir a nuestro yo, para vivir en el poder de la resurrección.

Por todo esto, es clave que nos perdonemos, sin que esto implique liviandad y complicidad con una vana manera de vivir. Debemos ser humildes y procurar la santidad, la obediencia y la sujeción, deben ser nuestra meta, pero si en algo fallamos, abogado tenemos para con el Padre a Jesucristo el justo **(1 Juan 2:1)**.

Debemos perdonarnos el pasado y aun los errores del presente, porque de lo contrario, haremos vana la gracia del Señor. Si Él nos perdona ¿Quiénes somos nosotros para no hacerlo? Debemos reconciliarnos con nosotros mismos y con la vida que hemos transitado, incluso como cristianos, porque al final, todas las cosas nos ayudarán a bien.

"Para la ley estoy muerto, y lo estoy por causa de la ley misma. Sin embargo, ¡ahora vivo para Dios! En realidad, también yo he muerto en la cruz, junto con Jesucristo. Y ya no soy yo el que vive, sino que es Jesucristo el que vive en mí. Y ahora vivo gracias a mi confianza en el Hijo de Dios, porque él me amó y quiso morir para salvarme. No rechazo el amor de Dios. Porque si él nos aceptara sólo porque obedecemos la ley, entonces de nada serviría que Cristo haya muerto."
Gálatas 2:19 al 21 VLS

Capítulo cinco

Reconciliación con el prójimo

"Ahora que estamos unidos a Cristo, somos una nueva creación. Dios ya no tiene en cuenta nuestra antigua manera de vivir, sino que nos ha hecho comenzar una vida nueva. Y todo esto viene de Dios. Antes éramos sus enemigos, pero ahora, por medio de Cristo, hemos llegado a ser sus amigos, y nos ha encargado que anunciemos a todo el mundo esta buena noticia: Por medio de Cristo, Dios perdona los pecados y hace las paces con todos. Cristo nos envió para que hablemos de parte suya, y Dios mismo les ruega a ustedes que escuchen nuestro mensaje. Por eso, de parte de Cristo les pedimos: hagan las paces con Dios."

2 Corintios 5:17 al 20 VLS

Cuando Pablo habla de reconciliación expresa la manera en la que Dios actúa con los hombres. Como hemos visto, la reconciliación es una obra integral de Dios, podríamos decir que el rostro de Dios para con los hombres,

es el rostro de la reconciliación y Él espera que nosotros seamos igual para con nuestro prójimo. Por algo propone que lo amemos a Él con todo nuestro ser, y que amemos al prójimo como a nosotros mismos **(Mateo 22:37 al 39)**.

Es el anhelo más profundo del corazón de Dios, que los hombres vivan reconciliados unos con otros y así lo alaben, lo bendigan y lo glorifiquen como Padre de la humanidad. El realiza Su obra, en la persona de Su Hijo, en Jesús, restablece la unidad impedida por el alejamiento provocado por nuestra maldad y nos da la oportunidad de volver a comenzar en justicia.

Allí donde en nosotros abundó el pecado que ofendió a Dios y que destruyó toda relación de nosotros con nosotros mismos, de nosotros con nuestro prójimo, y de nosotros con todo lo creado, ahí Dios, donde abundó la fuerza del pecado destructor, hizo sobreabundar Su gracia, permitiendo que todo vuelva a foja cero y podamos comenzar de nuevo. Por tal motivo, estamos viendo, la importancia de tomar su ejemplo y ser también seres perdonadores y llenos de misericordia.

La gracia de la reconciliación de la que Pablo habla nos pone en comunión en un mismo espíritu y somos capaces, a pesar de estar tristes, de alegrarnos con quien se alegra, y a pesar de estar alegres, llorar con quien llora. Tenemos la posibilidad de ser en el otro y de que el otro sea en nosotros al modo como es la esencia divina.

Solo por la gracia de la reconciliación cuya iniciativa parte de Dios, somos nuevas criaturas, ya no somos frágiles, sino fuertes en Cristo, el amor de Dios en la persona de Jesús, ha venido a renovarnos.

Por la reconciliación está el amor de Dios presente y activo en nosotros, mientras que antes, privados de Dios, vivíamos solo de nosotros mismos y era casi imposible tan solo considerar el perdón ilimitado. Esto supone hacer un acto de fe en medio de las hostilidades, en medio de los enfrentamientos, por encima de las diferencias, mucho más allá de los conflictos, y obedecerle a Dios por sobre todas las cosas.

Cuando perdemos este don de la reconciliación, es como que estalla en pedazos nuestro ser, y todos los vínculos que establecemos en los distintos niveles donde nuestra vida se va desarrollando, se rompen, y vamos quedando como desarmados, sin demasiada posibilidad de permanecer en nosotros mismos, entonces nos gana rápidamente las ganas de salir, de huir, de escapar, de evadirnos.

Por el contrario, cuando estamos en paz con nosotros mismos, cualquier lugar es el lugar en el que podemos habitar en paz. Solo el corazón pacificado y reconciliado, es el corazón que puede habitar en Dios y en los demás, y permanecer íntegro, de cara a lo que se le presente en la vida como desafío, como camino a recorrer.

Cuando compartimos la Palabra compartimos un anuncio que comunica una gracia, de la que Dios se vale para llegar a los hombres con su mensaje. Mensaje que no solo son palabras, sino que el mismo Espíritu que se comunica, imparte de Sí mismo, para llegar hasta adonde necesita llegar. Esto solo puede lograrse cuando nosotros, como comunicadores, también somos gente de paz para con todos.

La reconciliación, no es una doctrina que habla de una buena idea que se le ocurrió al apóstol Pablo, de que debemos amar y perdonar a los demás, fue una experiencia interior que él mismo había recibido y practicado. Pablo proclamó la gracia de la reconciliación desde su corazón reconciliado, no solo a través de su experiencia camino a Damasco, sino además con sus actitudes respecto a quienes lo traicionaron y abandonaron.

"En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta."
2 Timoteo 4:16

La iniciativa de Dios lo pone a Pablo en situación de reconciliación con todos, y por supuesto, también con él mismo, y desde ahí proclamó esa gracia para que otros la reciban. Sin dudas la fuerza producida por la sanidad interior que trae la gracia de Dios, produce un corazón perdonador.

Yo comprendo lo difícil que puede ser para algunas personas, perdonar al prójimo, sobre todo, cuando han sido

heridos gravemente. Pero es necesario obedecer a Dios. El perdón es una necesidad, es una decisión de obediencia y aunque en principio, no sintamos hacerlo, es muy liberador.

Independientemente de si hemos nacido de nuevo, todos los seres humanos guardamos dolor por algunas ofensas. Esto es así porque en el nuevo nacimiento, Dios no nos hace un trasplante de cerebro. Dios nos cambia el corazón y nos da Su Espíritu, pero no nos lava el cerebro, ni nos anula el alma y sus emociones.

En nuestra mente se almacenan, todos los recuerdos del pasado, y cuando han sido traumáticos, no son tan fáciles de sobrellevar, o al menos no es fácil evitar ciertos patrones de comportamiento por causa de las heridas o temores, despertados por dichos traumas. En algunos casos, hemos sido ofendedores, pero en otros casos, hemos sido víctimas de grandes ofensas y estas siempre se asumen como grandes injusticias.

Luego de la reconciliación, el alma, entra en un proceso de redención, donde vamos siendo liberados de los falsos paradigmas que nos gobernaron. La palabra Paradigma viene del griego ***paradeigma***, que quiere decir "modelo", "patrón". Esto nos lleva a la conclusión de que los paradigmas son modelos que influyen en la manera que tenemos de ver y entender el mundo.

Estos patrones que nos gobernaron sin Cristo, pueden ser muy tiranos, abusivos y destructivos, porque son gestados

por el dolor o las experiencias personales. En el proceso de comunión y entrega al Señor, vamos reconociendo pensamientos incorrectos, ya que la Palabra nos va confrontando y la convicción del Espíritu nos va llevando a un arrepentimiento genuino. Es decir, a un cambio de pensamiento.

"De tus preceptos recibo entendimiento, por tanto aborrezco todo camino de mentira. Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mi camino".
Salmo 119:104 y 105

Hay personas que nos han causado daño, y nos cuesta mucho soltarles perdón. En otros casos lo intentamos de corazón, sin embargo esas malas experiencias del pasado pudieron dejarnos recuerdos que parecen imposibles de borrar, y a menos que suframos de alguna enfermedad que nos impida recordar correctamente, esos pensamientos procurarán visitarnos de continuo, generando fortalezas difíciles de derribar.

Por tal motivo, debemos bajar la guardia y pensar que es mejor sufrir un doloroso recuerdo, que permanecer encarcelados en la fría y oscura celda del rencor. Si perdonamos, Dios nos traerá consuelo y sanidad total, pero si nos negamos a perdonar, solo quedaremos atrapados.

Perdonar no significa no sufrir, al contrario, puede doler, pero aun así, es mejor que seamos personas libres, capaces de asumir la visita de pensamientos dolorosos, que

ser personas cautivas aferradas a un eterno dolor. Rechazar los dolorosos pensamientos, no siempre es posible, pero asumirlos con un corazón sano, es poderlos superar. Cuando pensamos con dolor, dichos pensamientos nos visitarán continuamente para lastimarnos, pero cuando los asumimos con un corazón dispuesto, parecen no encontrar motivos para visitarnos, y poco a poco, se disiparán como algo que fue real, pero que solo es parte del testimonio de una lejana vivencia.

Perdonar, no significa borrar el pasado de nuestra memoria, pero eso no hace menos válido nuestro perdón. Una cosa es la memoria del dolor y otra la memoria del rencor. La memoria del rencor se atrinchera perversamente y espera una venganza. La memoria del dolor perdona, pero ese perdón no es amnesia y puede que no sea superficial, sin embargo, es un perdón real con un duelo como valor agregado.

La memoria del dolor admite al pasado como experiencia y no como lastre; opera como una señal de alarma que nos protege y nos previene de aquello que nos puede causar daño y da paso a una verdadera reconciliación. En cambio, la memoria del rencor no da paso a ninguna reconciliación, sino que permanece en espera de vengarse y hacer pagar al que produjo el daño.

Por otra parte, podemos decir que el tiempo ayuda mucho, pero tampoco podemos esperar que nos haga olvidar totalmente los malos recuerdos, ya que eso no sucederá. Tampoco debemos darle la espalda a la persona que nos ha hecho daño, eso no es perdonar sino enterrar, y sería tener

dentro de nosotros una especie de cadáver que ocupa espacio y nos infecta de manera mortal. El verdadero perdón recuerda a esa persona que nos hizo daño con compasión, sin odio ni deseos de venganza.

La Palabra de Dios nos invita a acercarnos a Él y traerle al presente, las heridas de la infancia, las experiencias del pasado, la amargura adquirida con los años; y pedirle que nos permita tener un corazón nuevo para manifestarlo con las personas que debemos amar todos los días. Dios es amor y es a través de su Palabra como aprendemos a amar.

"El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo…"
San Lucas 6:45

Como vimos en el capítulo anterior, es clave perdonar, sin culparnos por haber sido engañados o defraudados en el pasado. Muchas veces hay errores que cometemos en la vida, y nunca dejamos de pensar en ellos, en consecuencia nuestro corazón sigue siendo lastimado por los pensamientos que retornan una y otra vez para facturarnos errores y rencores, pero cuando comenzamos a desechar esos pensamientos, comenzamos a experimentar un cambio radical en nuestra vida. El vivir en reconciliación es clave para nuestra verdadera libertad.

También debemos tener en cuenta que nuestro corazón es engañoso, y muchas veces dentro de nosotros puede

maquinar engaño y mentira; así lo declara el siguiente verso de Jeremías:

Engañoso es el corazón más que todas las cosas,
y perverso; ¿quién lo conocerá?
Jeremías 19:9

Debemos entregar nuestro corazón en las confiables manos del Señor, ya que Él nunca nos dañará y nos señalará los errores, nos libertará de las prisiones, nos sanará de las viejas heridas y nos impulsará a vivir con una confianza renovada, basada en Su persona y no en nuestro propio corazón. Por eso nos dice:

"Dame, hijo mío, tu corazón,
Y miren tus ojos por mis caminos".
Proverbios 23:26

Lo importante de todo, es que existe en Cristo una forma de hacer que las heridas desaparezcan. Aunque he de aclarar, que cuando se trata de heridas sentimentales, por naturaleza el corazón acepta de buena gana, la ayuda del tiempo para sanar completamente, es decir, nuestra naturaleza humana está hecha para amar, pero cuando ese amor es lastimado, de alguna u otra forma nos afecta.

No debemos permitir que dentro de nuestro corazón esas heridas se conviertan en amargura, no debemos permitir que se conviertan en odio y en rencor, de lo contrario podemos caer en situaciones más profundas, e incluso hasta

llegar a la depresión. Quién caiga en ese tipo de esclavitud, jamás podrá transmitir a otros, el verdadero amor de Dios. Comprendamos que perdonar y estar sanos, es fundamental para cumplir efectivamente con el ministerio de la reconciliación.

"Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí"
Salmos 51:10

Al pedir un corazón limpio, Dios tiene el poder suficiente para sanar cualquier dolencia o herida. Por otro lado, sí sentimos que aún hay cosas en nuestro interior que no nos dejan perseverar en los caminos de Dios, es porque quizás no hemos puesto en práctica nuestra fe, pero cuando confiamos en que Dios puede transformar nuestro corazón, comenzaremos a experimentar que las heridas poco a poco, se van sanando para siempre.

"Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida".
Proverbios 4:23

El profesor de psicología educativa Robert Enright, que realizó varios escritos sobre los beneficios del perdón expresó: *"Si bien puede parecer un acto bastante simple, el perdón es un proceso difícil y muy delicado que, si se ejecuta correctamente, puede ser profundamente conmovedor y una gran experiencia de aprendizaje".*

Perdonar no significa aprobar la ofensa que nos hicieron. El Señor nunca nos pediría que simplemente ignoremos toda ofensa sufrida en el pasado, Él no nos enseña a ignorar una verdad, ni nos ordena dejar pasar por alto todo lo vivido como si nunca hubiese ocurrido. Solo nos enseña y nos da la capacidad del perdón para que podamos ser libres y sanos.

La Palabra de Dios condena a quienes consideran una mala acción como aceptable o inofensiva, en el libro de Isaías, en el capítulo 5 verso 20 dice lo siguiente: ***¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!***

Este pasaje deja bien en claro que el Señor no nos pediría decir o ver como bueno, algo malo que nos hicieron, tampoco pretende que consideremos menor el daño causado. Si la situación vivida nos causó mucho daño por ser algo muy malo, debemos afrontarlo como tal y perdonar por gracia, no por justicia. Es decir, tal vez esa persona merezca un juicio, pero no debemos ser nosotros los que pretendamos definir eso, extendamos la gracia como la recibimos nosotros y dejemos todo juicio a Dios.

Perdonar a un malvado o perverso que nos lastimó tampoco significa el deber de restaurar y emprender nuevas las relaciones con él, solo significa soltar perdón, sanar las heridas y dejar atrás a los malos con sus maldades. Si no

tienen arrepentimiento Dios sabrá que hacer, nosotros seguimos adelante en plena libertad.

Cuando hago mención de que el rencor impide la reconciliación, no estoy proponiendo que perdonemos y nos reconciliemos con nuevas relaciones y oportunidades. Hay ocasiones en las que esto será totalmente posible y es hermoso que así suceda, pero hay casos en los que nunca será así. Quiero que quede claro que Dios no lo demanda como una condición absoluta.

Pensemos por ejemplo en el hecho de que el mismos Señor, hizo la obra de reconciliación para toda la humanidad. Él nos ha extendido perdón a todos, sin excepción. Y si bien nosotros la aceptamos por Su gracia, hay personas que no aceptarán Su obra jamás. Sin importar qué pueden estar viviendo o padeciendo, hay gente que jamás aceptará la reconciliación con el Señor, ni siquiera reconocerán su amor y su perdón.

Puede que lo mismo nos ocurra a nosotros. Puede que declaremos perdón sobre algún victimario y que dicha persona nos ignore por siempre. Lo cual, en algunos casos, es mejor que suceda así. Recibir la nueva vida en Cristo, no le otorga a otros un cambio de corazón, eso solo nos ocurre a nosotros. Por lo tanto, todo buen deseo, o todo cambio, lo estaremos procesando de manera personal. Los demás, no tienen por qué entenderlo, o reaccionar bien al respecto.

La reconciliación extendida, produce en nosotros, la paz de no mediar con nadie, deudas o facturas pendientes. Así nos enseña el Señor en 2 Corintios 5 del 16 al 19: ***"De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación"…***

Perdonar tampoco significa actuar como si la persona jamás hubiera cometido la ofensa. Dios le perdonó al rey David sus graves pecados, pero no lo libró de las consecuencias. Además, Dios hizo que los pecados de David se pusieran por escrito para que se conocieran en la actualidad, veamos 2 Samuel 12:9 al 13: ***¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste***

en secreto; más yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás...

Este pasaje es tremendo y conociendo la historia, vemos como absolutamente todo se cumplió, la sangre y la espada no se apartaron más de la casa de David y fue mucho el sufrimiento por su pecado, además él no murió, pero no pudo evitar la muerte de su hijo.

Claro, usted puede estar pensando que David vivió en un pacto diferente y que hoy nuestro pecado fue perdonado sin consecuencias, sin embargo, de ser así, debo recordarle que nuestro pecado provocó ineludibles consecuencias, solo que el Señor Jesús las asumió en la Cruz por nosotros. El inocente hijo de David murió por su pecado, al igual que nuestro inocente amado Jesucristo murió por los nuestros.

"Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos…
Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido…
Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados"
Isaías 53:3 al 5

Todo pecado y todo lo malo trae consecuencias en la vida, las cosas que hicimos nosotros fueron perdonadas por el Señor, sin embargo el dolor que pudimos causar a otros, o lo que dañamos, así quedó, y no hay nada que podamos hacer al respecto. Lo mismo ocurre con aquellos que nos hicieron mucho mal. Dios puede perdonarnos todo, pero la vida suele volver a pasarnos factura, así también sobre todos los que han procedido con maldad.

Perdonar tampoco es dejar que los demás se aprovechen de nosotros. Supongamos que le prestamos dinero a alguien. Pero él lo malgasta, así que no puede devolvernos ese dinero como se había comprometido hacer. Él se siente mal y nos pide perdón. Nosotros podríamos decidir perdonarlo, es decir, no guardarle resentimiento ni echarle en cara continuamente lo que ha hecho. Quizás hasta pudiéramos cancelarle la deuda por completo. Sin embargo, eso no significa que tenemos que estar dispuestos a prestarle más dinero en el futuro o permitir que otras personas nos hagan lo mismo. El Señor no nos enseña a ser tontos, sino que por el contrario, el perdonar es una demostración de entereza, de sabiduría y de capacidad. Veamos este ejemplo por la Palabra:

"La gente tonta cree todo lo que le dicen;
la gente sabia piensa bien antes de actuar.
El sabio conoce el miedo y se cuida del peligro,
pero el tonto es atrevido y se pasa de confiado"
Proverbios 14:17 y 18 V.L.S

"No crean ustedes que la gente puede engañar a Dios. Cada uno cosechará lo que haya sembrado"
Gálatas 6:7 V.P.T.

Por otra parte, perdonar, no significa ir a buscar para hablar y arreglar todo con el ofensor personalmente, mucho menos sin una base válida para hacerlo o sin al menos una actitud correcta de parte del ofensor. Dios no perdona a los que cometen un pecado a propósito o con malicia y se niegan a reconocer su falta. Si no quieren rectificar lo que han hecho o no están dispuestos a pedir perdón a quienes causaron daño, Dios los ignora, por eso el mundo está como esta. Claro que Dios está en paz con el mundo porque perdonó a la humanidad a través de Cristo, pero los que se niegan a reconocer esto no son parte de este pacto recibiendo tan preciado perdón.

Reitero y tengamos en claro, que hay personas que pueden haber actuado perversamente contra nosotros y encima se regocijan en su maldad, a esos, Dios no manda a perdonarlos personalmente, solo debemos sentir que los perdonamos en nuestro corazón, para no estar atados a ellos, pero no debemos procurar hablarles o convencerlos del mal que hicieron, ya que tal actitud puede que solo genere burlas o mayores ofensas.

"Quien esconde su pecado jamás puede prosperar; quien lo confiesa y lo deja, recibe el perdón. ¡Dios bendice a quienes lo obedecen! Pero los necios caen en la desgracia"
Proverbios 28:13 y 14

Estas personas que no se arrepienten se convierten en enemigos de Dios. Y Él, no espera que perdonemos a los que Él mismo no ha perdonado. Sin embargo tampoco nos pide que levantemos una bandera de condenación contra los malos, sino que pidamos Su misericordia, por si Dios en su gracia les diera que se arrepientan, como un día hicimos nosotros.

En conclusión ¿Cómo debemos actuar con los malvados que nos hicieron mal? ¿Qué ocurre si nos trataron de forma cruel y ahora se niegan tan siquiera a disculparse o a reconocer su error? La Biblia dice: ***"¡Ya no sigas enojado! ¡Deja a un lado tu ira!"*** (Salmo 37:8 N.T.V.). Aunque no aprobemos lo que nos hayan hecho, no permitamos que nos consuma la ira. Más bien, sin pedir juicio, tengamos confianza en que Dios a su tiempo procurará que se manifieste Su justicia **(Hebreos 10:30, 31)**. Además, nos consuela saber que el Señor pronto hará posible que desaparezcan por completo las heridas emocionales que ahora nos causan tanto dolor:

"El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra, porque el Señor ha hablado"
Isaías 25:8

Perdonar según Dios, tampoco significa salir a perdonar todo lo que nos haya parecido una ofensa. A veces, en vez de tener que perdonar un supuesto desprecio, lo que en realidad necesitamos es reconocer que no tenemos

ninguna razón válida para estar ofendidos. Fuimos reconciliados con Dios, sin merecerlo, y extendemos esa misma gracia sobre toda persona, porque esa es la mayor expresión de libertad que un hijo de Dios pueda manifestar al mundo.

"No te des prisa en tu espíritu a sentirte ofendido, porque el ofenderse es lo que descansa en el seno de los estúpidos"
Eclesiastés 7:9

Hay personas que siempre se consideran victimas de todo, creen que el mundo entero está contra ellos, piensan y ven ofensas donde no las hubo y al final solo manifiestan la verdad de un corazón lleno de orgullo, inseguridades y baja estima. Un corazón no procesado que se victimiza y procura anclarse a desprecios inexistentes. A personas así Dios no las manda a perdonar, sino a cambiar, porque de esa forma, jamás podrán ejercer el ministerio de la reconciliación.

No es una opción ni un imposible poseer un corazón incapaz de ofenderse, Consideremos esto: Jesús nos advirtió que, al acercarnos al final del siglo, la mayor parte de la gente estará tan ofendida que se apartará de la fe. Lean con atención su advertencia: ***"Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará"*** (Mateo 24:10 al 12).

En las puertas de los tiempos del fin y ante la evidencia de un mundo que ha multiplicado su maldad, es fundamental para nosotros como hijos de la Luz, tener un espíritu perdonador, ser gente de paz, sin ira ni contienda. Gente de Reino portadora de la gracia y canales de bendición como nos enseñó Jesús.

"Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; Más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas…"
Mateo 6:14 y 15

Capítulo seis

La reconciliación y la Justicia

"Pero ahora, aparte de la ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, atestiguada por la ley y los profetas; es decir, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen; porque no hay distinción; por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por su sangre a través de la fe, como demostración de su justicia, porque en su tolerancia, Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente, para demostrar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea justo y sea el que justifica al que tiene fe en Jesús."

Romanos 3:21 al 26

Uno de los motivos por los cuales resulta difícil comunicar la realidad bíblica al hombre posmoderno, es que

la mentalidad de Reino y la mentalidad cultural de hoy, tienen puntos de partida radicalmente diferentes.

La mentalidad cultural de hoy, es totalmente humanista, entronando al hombre en el centro de toda escena y pretendiendo poner a Dios, a su servicio. El hombre boga por sus derechos, exige, reclama y considera. Lo que no logra interpretar, es su responsabilidad y capacidad para responder ante Dios, tanto por sus obras, como por la vida misma.

Es una mentalidad que comienza con el hombre como la realidad básica del Universo. Toda su línea de pensamiento se inicia asumiendo que el hombre tiene derechos básicos, necesidades básicas y expectativas o deseos básicos. Luego, partiendo de este centro, el humanismo interpreta todo, desde una posición muy particular y relativa.

Lo que el hombre posmoderno considera problemas, son tales según encajen o no con su centro. Toda su justicia funciona a través de la ley del deseo y la razón humana. Por tal motivo, solo llama éxito a lo que encaja con él y sus derechos, necesidades o expectativas.

El apóstol Pablo, dice que la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz, considerando que la mente puesta en la carne es enemiga de Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, pues ni siquiera puede hacerlo **(Romanos 8:6 y 7)** y dice que esa es la manera de pensar del hombre natural **(1 Corintios 2:14)**. Según el apóstol, es algo común y lógico en el hombre sin Dios. Pero,

al recibir la reconciliación y la vida, llega a nosotros una nueva interpretación de las cosas, ya no basadas en los razonamientos personales o sociales, sino en la revelación de la verdad eterna.

La mentalidad bíblica no es simplemente una mentalidad que incluye a Dios en alguna parte del universo basados en unos escritos. La mentalidad bíblica comienza con un punto de partida radicalmente diferente a toda consideración humana, esto es, Dios mismo como la verdad **(Juan 14:6)**, y como el centro de todas las cosas.

Incluso la Biblia, comienza diciendo: ***"En el principio creó Dios los cielos y la tierra…"*** **(Génesis 1:1)**, es decir, no comienza explicando quién es Dios o de donde salió. Simplemente aparece Dios creando todo. Así también, dicen las mismas Escrituras en **Hebreos 11:6** que: ***"si alguien se acerca a Dios, debe acercarse creyendo que le hay…"*** Jamás trata de explicar quién es Él.

Dios es la esencia misma del universo, el alfa y la omega, el principio y el fin **(Apocalipsis 22:13)**. El no trata de explicar su procedencia, ni su esencia, Él, simplemente es Dios y punto. Los hombres solo tratan de filosofar, para encontrar respuesta a las limitadas preguntas, que ellos mismos se formulan. Pero Dios no tiene compromiso con eso.

Así también ocurre con la justicia. El hombre, tiene un pobre concepto de justicia, basado en sus evidentes

limitaciones. Pero Dios habita una dimensión superior de justicia y verdad.

"La justicia y el derecho son el fundamento de tu trono, y tus heraldos, el amor y la verdad."
Salmo 89:14 NVI

Todo razonamiento entonces parte de la convicción de que Dios tiene derechos básicos como el Creador de todas las cosas. Él tiene metas acordes con su naturaleza y carácter perfecto. Luego, la mentalidad bíblica, partiendo de este centro interpreta al mundo, con Dios y sus derechos y metas en el centro, como la cierta medida de todas las cosas.

Y lo que la mentalidad bíblica ve como problemas básicos en el universo, por lo general no son los mismos problemas que entiende la mente humana. Porque los problemas no son las cosas que no encajan con los derechos y necesidades del hombre, primeramente, sino son los cosas que no encajan con los derechos y metas de Dios.

Sin dudas, la Biblia nos enseña, sobre las realidades grandiosas y objetivas, que no dependen de nosotros y que Dios ha cumplido para establecer su propósito de salvación invencible. Y al centrarnos en la grandiosa obra de Dios, en lugar de la nuestra, encontraremos la certeza y la esperanza que envasa su justicia.

Por eso es tan importante, que comprendamos el análisis de Su obra, respecto de la elección por la cual Él ha

escogido quiénes se unirán a Cristo y vendrán a la fe **(Efesios 1:4)**. Por eso, he insistido en la enseñanza de la reconciliación, como una obra integral de Dios y no nuestra. Reconociendo la obra de la predestinación, como una obra de verdadera justicia, afincada en el beneplácito de Su voluntad y cuya mira es la alabanza de Su gloria **(Efesios 1:5)**.

Esta realidad no encaja muy bien con la mentalidad humanista que cataloga rápidamente de injusticia, todo lo que no logra comprender. Lamentablemente, esto desenfoca mucho al pensamiento popular, porque si empezamos con los deseos y los derechos del hombre, en lugar de hacerlo con el Creador, los problemas que vamos a encontrar en el universo nada tendrán que ver con la verdad eterna.

En otras palabras, si comenzamos con el hombre en el centro y con la tendencia natural de priorizar derechos y deseos, evaluaremos las enseñanzas Bíblicas de la elección y predestinación de un modo muy distinto a como lo haríamos si comenzáramos con Dios y con Sus metas. Las Escrituras revelan que el Señor, desea primeramente, manifestar todo lo que Él es, para que sea conocido, exaltado y adorado con reverencia y temor, por toda Su creación.

El mayor deleite que puede disfrutar un ser creado, solo puede ser alcanzado en Su creador. No hay mayor logro, tiempo o lugar, que ser en Él y para Él. Como dijo Henry Scougal en su libro titulado "La vida de Dios en el corazón del hombre": *"El valor y la excelencia de un alma, se miden por el objeto de su amor…"*

El problema más profundo, para cuya solución se diseñó la muerte de Jesús, es virtualmente incomprensible para la mentalidad humanista. La mente secular centrada en el hombre y la mente bíblica centrada en Dios ni siquiera coinciden en los problemas a resolver, mucho menos en las soluciones propuestas. Cuando esto ocurre, no se comprende la justicia y si no se comprende la justicia, tampoco se comprenderá el alcance de la reconciliación.

Cuando leemos atentamente **Romanos 3:21 al 26**, citado al principio de este capítulo, encontraremos que el problema que Dios estaba resolviendo mediante la muerte de su Hijo y el problema que a la mente humanista le gusta considerar, no son el mismo. Veamos nuevamente lo escrito por Pablo:

"Pero ahora, aparte de la ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, atestiguada por la ley y los profetas; es decir, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen; porque no hay distinción; por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por su sangre a través de la fe, como demostración de su justicia, porque en su tolerancia, Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente, para demostrar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea justo y sea el que justifica al que tiene fe en Jesús."

Encontramos aquí, que la esencia del problema más básico que la muerte de Cristo debió resolver, fue que el Padre ofreció al Hijo, o lo mandó a morir, para demostrar Su integridad o justicia absoluta. El problema, no era primeramente humano, sino Divino. Por alguna razón, Dios era considerado injusto y quería reivindicarse a Sí mismo, dejando en claro Su implacable justicia.

Pero, ¿cuál fue la causa, por la cual se pudiera considerar alguna injusticia de parte de Dios? ¿Por qué Dios se encuentra ante el problema de estar en la necesidad de dar reivindicación pública de su justicia? La respuesta está en la última frase del verso 25: ***"…porque en su tolerancia, Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente."***

¿Qué significa esto? Significa que por siglos Dios había hecho lo que el **Salmo 103:10** dice, ***"No nos ha tratado según nuestros pecados, ni nos ha pagado conforme a nuestras iniquidades."*** Él simplemente toleró por amor, mucho más de lo deseado y no castigó bajo el rigor de la verdad. Por supuesto que todo esto, sin caer en injusticia, sino apelando a Su soberana gracia y su ilimitada misericordia.

El Rey David es un buen ejemplo de esto. En **2 Samuel 12**, el profeta Natán confronta a David, por haber cometido adulterio con Betsabé y luego haber sido autor intelectual del crimen de su esposo Urías Heteo. Natán le preguntó al rey: ***"¿Por qué has despreciado la palabra del Señor?"*** y Dios

también lo indagó diciendo: ***"¿Por qué me has despreciado?"*** **(2 Samuel 12:9 y 10)**.

David siente convicción y pesar, por la exhortación del profeta Natán y en el verso **13** le responde con dolor: ***"He pecado contra Dios…"*** A esto Natán responde: ***"El Señor ha quitado tu pecado; no morirás…"*** ¡Increíble! El rey Saúl, ofreció holocausto antes de tiempo y dejó vivo unos animales para ofrecer sacrificio a Dios, sin embargo, le fue quitado su reino y la unción se apartó de él.

Pablo se refiere a esto en **Romanos 3:25** como pasar por alto los pecados cometidos anteriormente. Pero, ¿por qué habría de ser esto un problema? El análisis intelectual, resuelve que esto es un problema, que Dios no puede ser bondadoso con algunos pecadores. De hecho, he conocido mucha gente fuera del ámbito de la iglesia, que lucha con el problema de que un Dios justo y santo no puede hacer salir el sol sobre malos y buenos por igual, o mandar lluvia tanto a justos como a injustos **(Mateo 5:45)**

La reconciliación de Dios con los hombres y el pedido de reconciliación de nosotros para con todos, no está basado en la justicia, sino en la gracia, pero a la gracia no se llega sin justicia y eso es lo que nos revela la Cruz. El problema, es que la gracia divina, es humanamente injusta. Esto, sin dudas, suele sonar muy mal, pero si les interesa, desarrollo detenidamente este tema en mi libro titulado "Gracia divina", que lo puede bajar gratuitamente en mí página personal.

La gracia es recibir todo sin merecer nada y eso para muchos es complicado de comprender. Yo creo que, en el fondo de nuestro corazón, quisiéramos leer que no acontece a todos por igual. Que a los justos todo les sale bien y sufren menos, pero que a los impíos todo les sale mal y sufren mucho. Sin embargo, sabemos que no es así. Y no solamente porque lo dice la Escritura, sino porque lo vemos a diario.

Hay gente buena o niños inocentes que mueren sin merecer, mientras que hay gente malvada, asesinos o perversos que se gozan en salud y después de vivir toda una vida en vicios llegan a viejos siendo vigorosos. Hay mucha gente trabajadora y honesta que vive muy mal, que sufren necesidades de todo tipo, mientras que hay algunos otros delincuentes, estafadores y corruptos que viven como reyes robando descaradamente.

Hay personas que se han salvado de accidentes tremendos y otros que nunca tuvieron uno, ni aun practicando deportes extremos. Incluso, hay personas que, cuidándose en todo, mueren de manera absurda, cayendo de una escalera o atragantados con una espina de pescado. La mente humana no puede evaluar justicia ante estas cosas.

No se comprende la muerte de un hijo, ni una cruel enfermedad de nacimiento, ni una discapacidad. No se comprende el hambre, la guerra o una simple traición. La vida está compuesta de situaciones que no logramos comprender y lamentablemente juzgamos a Dios, desde una limitación total. Si pudiéramos ver el plano completo, como

seguramente un día lo veremos, sólo llegaríamos a una conclusión: "Dios es totalmente justo, porque las injusticias de la vida no son las injusticias de Dios.

La intelectualidad humana, ni siquiera aprecia el problema como lo hace un renacido en Luz. ¿Por qué? Porque el pensamiento de los hombres sin Dios, tiene un punto de partida radicalmente diferente. No comienza con los derechos de Dios que es el Creador de exhibir el infinito valor de su gloria. Comienza con el hombre y supone que Dios se conformará a sus derechos y deseos. Por eso, todos ven injustica y reclaman derechos, a la vez que viven ofendiendo a Dios con su pecado.

"La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios"

Romanos 3:22 y 23

Lo que está en juego al pecar es la pérdida del derecho a disfrutar la gloria de Dios. Consideremos nuevamente lo que Dios le dijo a David: ***"¿Por qué me has despreciado?"***. David pudo haber dicho, "¿Qué quieres decir con que te he despreciado? Yo no te desprecié, yo ni siquiera estaba pensando en ti. Simplemente estaba encandilado por esta hermosa mujer y luego muerto de miedo de que la gente se enterase de mi proceder mande al frente de batalla a su marido, pero Tú ni siquiera estabas en el cuadro…"

Y Dios hubiera respondido, “Yo soy el Creador del Universo, el diseñador de todas las cosas, la fuente de toda razón y justicia, quien te dio vida y te hizo rey… ¿Yo no estaba en el cuadro? ¿Seguro que fue así? ¡Tú me ofendiste y me despreciaste, todo pecado es un desprecio a mi Persona y a mi gloria!”

Ese es el gran problema con el pecado. Nosotros vemos el pecado, dentro de nuestro cuadro de análisis. Y este cuadro no siempre incluye a Dios, sin embargo, al pecar, el Señor está considerando nuestra ofensa a Su persona y nuestro menosprecio respecto de Su gloria.

Yo entiendo que ninguna persona, que no haya recibido la vida y la Luz, puede comprender el pecado y la justicia, desde este punto de vista divino. Sin embargo, nosotros los renacidos en Luz, hechos ministros de la reconciliación, tenemos la obligación de comprender la gracia y la justicia, al ser posicionados en Cristo.

Fuera de la revelación divina, nadie pierde el sueño por la injusticia de la bondad de Dios para con los pecadores, Pero nosotros, debemos tener esto muy en claro y ejercer nuestro rol, con plena responsabilidad.

Meditemos en este hecho. Subamos a las dimensiones de Dios, para pensar con una mentalidad bíblica y espiritual, veamos y analicemos la crucifixión de Cristo, tal como lo hace Dios: “El vio, que su gloria era despreciada por los

pecadores y en lugar de reivindicar el valor de Su gloria dando muerte a todos los hombres, reivindicó su gloria haciendo morir a su Hijo."

¿Qué sucede ahora, si contemplamos la muerte de Cristo bajo este concepto? ¿Acaso no somos impulsados a olvidarnos de nosotros mismos y llenarnos de asombro, reverencia y adoración? ¿Acaso no vemos, que en la muerte de Cristo está la declaración más profunda y clara del valor infinito de la gloria de Dios? ¿Cómo no adorarle? ¿Cómo no exaltarle?

He aquí el gran fundamento objetivo de la reconciliación: "El perdón de pecados no se basa en nuestras obras o valores finitos, sino en el infinito valor de la justicia de Dios, que sustenta y revindica la gloria de Su nombre, a la vez, que se expresa, en la soberana gracia de Su amor, para que al final, todo pueda converger en un solo objetivo y supremo privilegio: "Deleitarnos en la hermosura de Su majestad".

"En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se regocijará en mi Dios; porque Él me ha vestido de ropas de salvación, me ha envuelto en manto de justicia como el novio se engalana con una corona, como la novia se adorna con sus joyas."
Isaías 61:10

Capítulo siete

La reconciliación y la Paz

"Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos."

Juan 20:19 al 23

Este relato de Juan, es verdaderamente trascendente, porque es la primera aparición del Cristo resucitado a sus discípulos. Vemos aquí su actitud, y sus primeras palabras. Sin dudas, no era el mismo Jesús que ellos habían conocido. No se presentó como el maestro de Galilea, sino como el Cristo resucitado.

Si prestamos atención, veremos que durante su ministerio terrenal, Jesús no evangelizaba con libertad, porque desde la legalidad, todavía no había concretado Su obra redentora. Por eso, decía a sus discípulos cosas como: ***"A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; más a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados."*** **(Marcos 4:11 y 12)**

Él era el Hijo de Dios, incluso perdonaba pecados **(Lucas 7:48 y 49)**, pero no podía justificar a nadie, porque todavía no había derramado Su sangre en la cruz del Calvario, ni se había presentado con ella ante al Padre. El perdón produce acercamiento, pero la justificación permite la comunión absoluta de la reconciliación.

En la mañana de esta situación, Jesús había aparecido a María Magdalena **(Juan 20:1 al 18)**. Pero ahora se estaba apareciendo a todos los discípulos, a la vez. Aquí, podemos ver algunos detalles importantes.

Notemos que los discípulos estaban asustados y encerrados, cuando Jesús vino a ellos y se puso en medio de todos, aun cuando las puertas del lugar estaban cerradas. Jesús no tuvo que tocar. Ni siquiera tuvo que abrir la puerta. Simplemente estaba allí. Y no era un fantasma. Veamos que en el versículo **20** dice que ***"Les mostró las manos y el costado"***.

En el relato de **Lucas 24:39** se amplían los detalles de su expresión: ***"palpadme y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo"***. Esto indica que Jesús, tenía un cuerpo físico, pero no exactamente como el nuestro. Un cuerpo, en el cual conservaba sus heridas, pero sin dudas era un cuerpo diferente. Es claro por las Escrituras que los discípulos que lo conocían muy bien, tuvieron dificultad para reconocerlo **(Lucas 24:13 al 35)**.

Jesús simplemente entró al lugar, a pesar de que estaban las puertas cerradas. Lo que significa, que se rompieron para Él, las limitaciones de la carne. Él puede ir, estar o entrar donde quiera y como quiera. Él puede alcanzarnos o acercarse a nosotros en cualquier momento y lugar.

La resurrección de Jesús de entre los muertos lo dimensionó para hacer lo que nadie más puede hacer. No hay otro como Él en todo el universo. Es difícil imaginar lo qué es capaz de hacer. Y es algo maravillosamente sanador contemplar su obra de amor y su disposición para alcanzarnos con Su reconciliación.

Los discípulos estaban asustados, su líder acababa de ser crucificado, ellos habían sido señalados por los mismos judíos, como una amenaza para el César. El temor que tenían, en esa época, era completamente comprensible. Y en medio de ese desconcierto, se les apareció el Señor.

La reconciliación, manifestada a través de Su presencia, vino a erradicar el temor en el corazón de sus discípulos. Él sabía y sabe en nosotros, cuando no tenemos la suficiente seguridad como para vencer los miedos. Él se reveló a los suyos y lo sigue haciendo con nosotros. La reconciliación, siempre será portadora de paz.

"No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia."
Isaías 41:10

Jesús no estaba jugando con la fe de sus discípulos. Él quería mostrarse, quería que le vieran y le conocieran en el poder de la resurrección. Él quería que creyeran en Su obra consumada y pudieran recibir Su paz.

En esta gloriosa aparición a los discípulos, Jesús dice tres cosas, o cuatro, dependiendo de cómo las contemos. Y esas expresiones, vienen a ser manifestaciones de Su gracia, a través de la reconciliación.

Lo opuesto a la paz es el conflicto. Lo opuesto al poder es la debilidad. Lo opuesto al propósito es la indeterminación. Muchas vidas, están arruinadas por el conflicto, la debilidad, y la indeterminación. Jesús no vino al mundo para morir y resucitar en vano, sino para darnos una vida nueva, una nueva oportunidad. Él viene a ser nuestra paz, poder y propósito.

"…vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros…"
Juan 20:19 al 21

Veamos que antes de decir algo sobre el poder o el propósito, estableció certeza sobre la paz. El orden aquí es realmente importante. La paz que Jesús da es antes y está por debajo de cualquieras de nuestras acciones de poder o cualquiera de nuestras obras llenas de propósito. No iniciamos la paz con Jesús mediante nuestras acciones. Él inicia la paz en nosotros, mediante su obra consumada.

"Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades."
Efesios 2:14 al 16

Jesucristo hizo la paz por el sacrificio de sí mismo; en todo sentido, Él es la Paz, es el autor, es el centro y es la sustancia que nos permite estar en paz con el Padre. A través de Su persona y Su sacrificio, tenemos la mediación que nos acerca al Trono de la gracia. Cristo con Su sangre, nos compró el permiso y el Espíritu Santo, es el que nos da el

entendimiento, la fuerza, y la gracia para servir aceptablemente a nuestro Padre.

La paz que Jesús estaba ofreciendo a los discípulos es la paz que alcanzó cuando murió por ellos sobre la cruz y que por ser una obra eterna, también nos ha alcanzado a nosotros. Es por eso que les mostró las manos y el costado a sus discípulos como diciendo, "Yo Soy el que murió. Y Soy a quien ustedes abandonaron. Y Soy quien fue herido por vuestras transgresiones **(Isaías 53:5)**. Pero ya he pagado el precio y hoy, puedo ofrecerles paz porque Mi sangre, presentada ante el Padre, puede limpiar todos sus pecados."

Es como si Jesús dijera "Si ustedes confían en Mí, sus pecados no serán retenidos en contra de ustedes. La ira de Dios se marchará". Eso es lo que Pablo quiso decir cuando escribió: ***"haciendo la paz, y mediante la cruz reconcilió con Dios a todos en un solo cuerpo…"***

Por tanto, hay cinco relaciones donde el Cristo crucificado y resucitado trajo paz a nuestra vida: En primer lugar trajo paz entre nosotros y Él. Ese es el primer significado y el más obvio. Él estaba allí entre ellos, ofreciéndose a Sí mismo como un amigo y ayudador, no como un Juez.

En segundo lugar, trajo la Paz entre nosotros y el Padre. Es por eso que el Padre lo envió, para que fueran satisfechas la justicia y la ira, en un modo que no incluyera el castigo eterno. Dios hace paz con nosotros al sustituir el

sufrimiento de Su Hijo por nuestra culpa. Ahora puede venir a nosotros como un Padre amoroso.

En tercer lugar, trajo la Paz entre nosotros y otros que también le han recibido. Estar reconciliados con Dios, es estar reconciliados con todos los que están reconciliados con Dios. No hay hostilidad vertical u horizontal. No hay racismo. No hay etnocentrismo o clasicismo o sexismo. ***"No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús"*** **(Gálatas 3:28)**.

En cuarto lugar, trajo la Paz entre nosotros y nuestras almas. La carta a los Hebreos, en el Nuevo Testamento, dice: ***"la sangre de Cristo, purificará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo…"*** **(Hebreos 9:14)**. Paz con nosotros mismos, no significa que comenzaremos a ver los pecados pasados como algo deseable. Paz no significa que los pecados del pasado dejan de ser dolorosos. Significa que dejan de paralizarnos, descalificarnos o condenarnos. El dolor no será inmediatamente quitado, pero la culpa es quitada inmediatamente mediante Cristo. Y esto hace posible que sanemos. Y podamos seguir adelante con una vida llena de esperanzas.

Por último, hay una Paz con el mundo que nos rodea, eso incluye al prójimo y a la naturaleza toda. Cuando Él murió, hizo todo lo necesario para reconciliar todas las cosas **(Colosenses 1:19 y 20)**, para que algún día, en el tiempo de

Dios, todo el mal sea erradicado, toda tiniebla disipada y la nueva creación sea manifestada en paz y justicia.

"Nos ha nacido un niño, Dios nos ha dado un hijo: a ese niño se le ha dado el poder de gobernar; y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios invencible, Padre eterno, Príncipe de paz. Él se sentará en el trono de David, y reinará sobre todo el mundo y por siempre habrá paz. Su reino será invencible, y para siempre reinarán la justicia y el derecho. Esto lo hará el Dios todopoderoso por el gran amor que nos tiene."
Isaías 9:6 y 7

Entonces, recibir la gracia de la reconciliación, es tener Paz con Jesús que se sacrificó, paz con Dios el Padre que lo envió. Paz con los otros que están en Cristo, quienes también recibieron la gracia. Paz con nosotros mismos para una vida de esperanza, y paz con el mundo, sea nuestro prójimo o la naturaleza de manera integral. Es un logro sorprendente y maravilloso que debemos valorar. Por tal motivo, debemos cumplir responsablemente con nuestro rol de llevar adelante el ministerio de la reconciliación.

La paz, es un regalo de Dios. Nosotros la recibimos, o nos alejamos de ella. O también podríamos decir que, le recibimos, o nos alejamos de Él, porque Él es nuestra paz.

"Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo"
Romanos 5:1

Luego de que Jesús les hablara y otorgara paz a sus discípulos, les dijo: ***"Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo."*** **(Juan 20:21 y 22)**. En otras palabras, reciban la paz y el soplo de mí Espíritu para ir a cumplir una tarea fundamental. Ser ministros de la reconciliación.

Jesús les sopló la vida del Espíritu, aunque derramaría de Su poder luego de su ascensión a los cielos **(Hechos 2:33)**. Esto ocurriría unas siete semanas después de su resurrección. Lo leemos en el primer capítulo de Hechos. ***"Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros"*** **(Hechos 1:8)**. La obra del Espíritu Santo que Jesús da, es lo que nos hace capaces de hacer lo que simplemente no podemos hacer por nosotros mismos. Él nos da poder para ejercer el ministerio de la reconciliación.

Jesús viene a nosotros y nos da Su vida, y con ella el poder para hacer el tipo de cosas que no pueden hacer los simples mortales, como derrotar a nuestro propio egoísmo, amar ilimitadamente a otras personas y producir frutos espirituales más allá de toda circunstancia. Con ese poder, Él nos da el principal propósito de nuestra existencia, continuar con Su tarea, siendo un canal para la manifestación de Su gracia.

Ese es nuestro gran propósito terrenal, que ungidos en el poder de Dios, hagamos Su voluntad para alabanza de Su

gloria y para el bien de los demás. Jesús dijo a los discípulos. ***"A quienes perdonéis los pecados, éstos les son perdonados; a quienes retengáis los pecados, éstos les son retenidos."***

Esto es lo que quiso decir el Señor con semejante expresión: "Cuando ustedes le hablen a las personas sobre mi obra redentora, tienen la autoridad para remitir sus pecados a mi sacrificio. Pero si no hablan sobre mi obra de reconciliación y la gracia derramada, solo estarán reteniendo los pecados en la vida de los condenados".

Si bien la obra, debe ser totalmente consumada por el Señor, nosotros tenemos un rol fundamental, como ministros de la reconciliación. Si en verdad valoramos Su amor y la plenitud de Su gracia, debemos asumir nuestra responsabilidad con gran pasión. Debemos ser gente de paz, sin ira ni contienda **(1 Timoteo 2:8)**. Capaces de permitir que la vida de Cristo, fluya a través de nosotros. Llevando el poder de la reconciliación, hasta lo último de la tierra.

"Ahora que estamos unidos a Cristo, somos una nueva creación. Dios ya no tiene en cuenta nuestra antigua manera de vivir, sino que nos ha hecho comenzar una vida nueva. Y todo esto viene de Dios. Antes éramos sus enemigos, pero ahora, por medio de Cristo, hemos llegado a ser sus amigos, y nos ha encargado que anunciemos a todo el mundo esta buena noticia: Por medio de Cristo, Dios perdona los pecados y hace las paces con todos. Cristo nos envió para que hablemos de parte suya, y Dios mismo les ruega a ustedes que escuchen nuestro mensaje.

Por eso, de parte de Cristo les pedimos: hagan las paces con Dios."
2 Corintios 5:17 al 20 VLS

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.
Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.
Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo que, en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto…”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

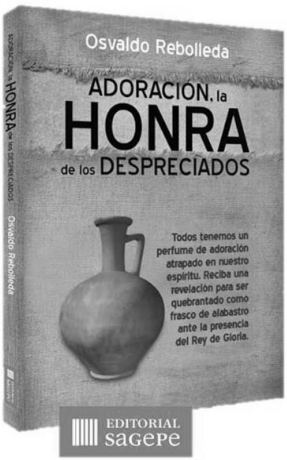
Osvaldo Rebolleda

El Pastor y maestro Osvaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.
El maestro Osvaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

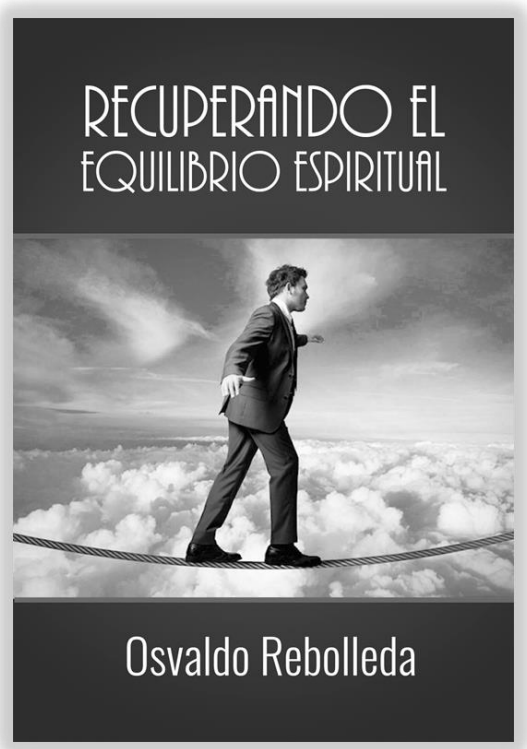
Otros libros de Osvaldo Rebolleda



"Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria…"

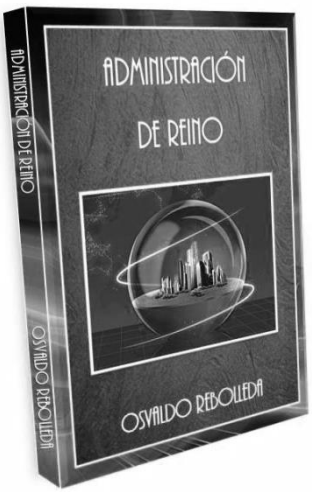
"Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a entrar en las dimensiones del Espíritu"

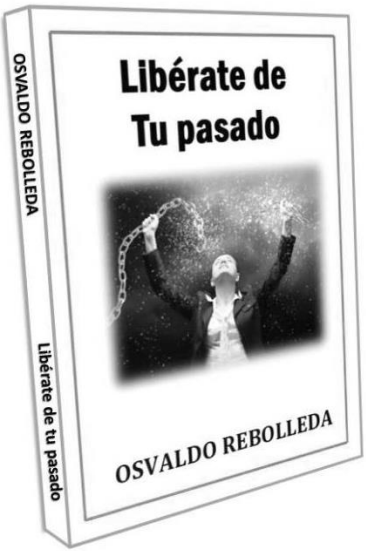
Un material que todo ministro debería tener en su biblioteca…



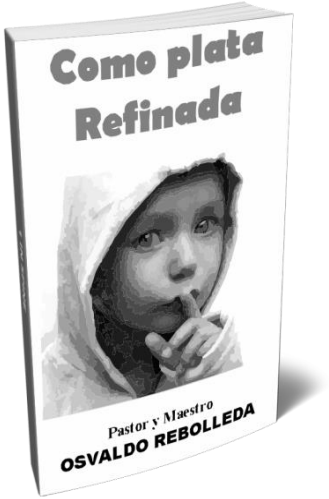
«Todo cambio debe ser producido por Dios a través de los hombres y no por los hombres en el nombre de Dios…»

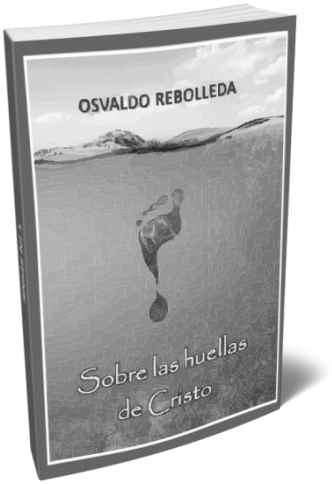
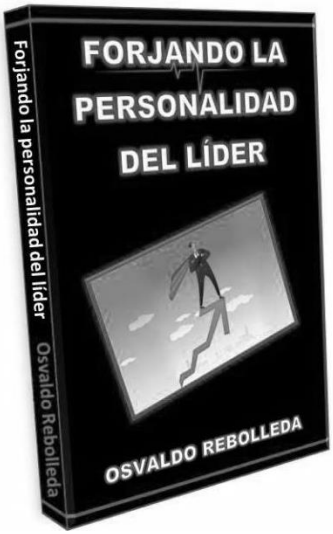
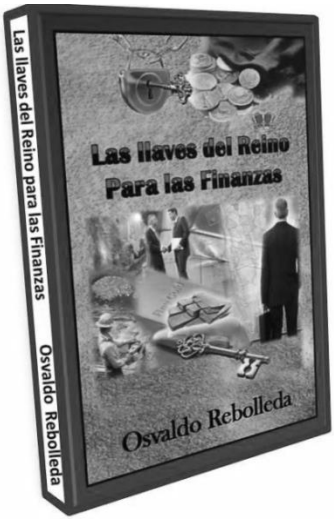
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com